Doña Francisca Rondeau de Maines

HIJA del ilustre, del heróico, del noble guerrero de la Independencia, general Don José Rondeau, fué una de las damas más respetables y de más brillo en los salones de la época de la Revolución. — Su sencillez ejemplar, su distinción, su nobleza de sentimientos, la colocaron siempre en primera fila en la consideración de la alta sociedad patricia. — Fué una decidida cultora de la caridad y su nombre, á través del tiempo, perdura como un símbolo de abnegación, de bondad y de altivez patriótica.

Calle Sarandí del 588 al 590
MONTEVIDEO

GRAND HOTEL

de **Ximenes, Santamarina y Gelos**

Lujo, confort y corrección, no superados por ningún otro hotel - - - - - - - - - - -

Departamentos ricamente amueblados para familias -

EL MEJOR UBICADO

ALMACÉN DE LONDRES

(English Grocery Store)

PROVISIÓN ESPECIAL PARA FAMILIAS

Importa directamente
todos sus artículos y siempre de la mejor calidad.

TÉ SOUCHONG

SIN ALTERACIÓN DE PRECIO
($ 1 el paquete de 1/2 kilo)

VINO DE CHAMPAGNE
Moet & Chandon

Carte Bleue, dulce. . . . . $ 1.30 y $ 2.20
Cremant Rosé, demi sec $ 1.50 y $ 2.70
White Star, sec . . . . . $ 1.50 y $ 2.70

Gran variedad de Bombones, ingleses y franceses

CALLE ITUZAINGÓ, 1417 **MONTEVIDEO**
LOS DOS TELÉFONOS

ESTUFAS

para
Carbón
Leña
Kerosene
Eléctricas

El surtido mas completo y de mejor gusto que hay en plaza.

HORACIO ELLIS & Co.

340, Calle 25 de Agosto, 344 - Montevideo

AÑO I — NUMERO 3
MONTEVIDEO, JULIO DE 1917

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN

Jure et Facto

Medalla de Plata conmemorativa de la Jura

JURE et facto. De hecho y de derecho. De hecho, porque el valor, el heroísmo, el sacrificio mil veces repetido de los patriotas que lucharon por la verdad republicana y por la definitiva imposición del derecho político de la nación, habían consolidado a golpes rudos de lanza la tangibilidad de la Patria. De derecho, porque no en vano se guerrea durante más de media centuria en la conquista de un solar propio, reparto glorioso y trascendental a que se dedicaron los pueblos libres de América después de la jornada victoriosa de Mayo de 1810.

Fueron jalones sucesivos de victoria. Desde el atardecer promisor y augural en Las Piedras cuando el general Posadas rendía sus armas a Artigas, hasta la jornada grandiosa de Ituzaingó, los orientales fueron laborando la consolidación definitiva de la Patria con un invariable espíritu de renunciamiento y con una fe inquebrantable en el triunfo final.

Día fué, pues, de alegría inmensa, de regocijo extraordinario, aquel en que se juró el Código Fundamental, última conquista del patriotismo y de la noble aspiración de los que habían anhelado la organización del país, postrer eslabón de una cadena de opresiones y de tutelajes que se rompía para siempre y que la América y el mundo saludaban con honda simpatía, puesto que desde aquel instante en la libre América existía otra democracia altiva y fuerte, otro pueblo que se incorporaba con sólidos prestigios de heroísmo y de valor al concierto civilizado.

La Constitución jurada el año 1830, era la suprema razón dada a los principios dictados por Artigas en el Congreso del año XIII; era una consecuencia triunfal de aquel germinar de rebeliones, enunciadas como un palpitar del corazón popular en el Cabildo Abierto de 1808; fué una amplia reparación a la dura prueba impuesta a la familia oriental en las jornadas tristísimas del Exodo; y fué el proemio augusto a la constancia, a la fatiga heroica, al inmenso batallar de año tras año en pos de un ideal de libertad que sumó todos los pensamientos y todos los esfuerzos de un pueblo.

Boceto de Juan M. Blanes para un cuadro que evoca fielmente el acto de la Jura de la Constitución en 1830

Medalla conmemorativa del acto solemne celebrado en la Plaza Constitución

Ya somos un pueblo que tiene saneada su carta de incorporación en el concierto internacional de las naciones más adelantadas. Ya somos una fuerza moral, que es mejor que ser una fuerza mecánica, reconocida por todos y puesta siempre al servicio de los principios y de los ideales más caros al espíritu del hombre moderno. Ya somos un factor importante en el avance de la Humanidad por los senderos de la Justicia, del Derecho, del Bien, de la Verdad y de la Democracia.

Y todo ello, todo, por obra tenaz, consciente, viril del pueblo.

Gloria a él, que heroicamente existe y marcha decidido y seguro a la suprema culminación de sus destinos.

El dolor nuevo

La sensibilidad humana para el dolor es ilimitada. La infinita complejidad de la vida, nos ofrece en las complicaciones que realiza, infinitos motivos de sufrir. Y no nos contentamos con el dolor en sí que nos da la realidad áspera y fiera, como la leche de una madre sin entrañas; sino que lo aguzamos, lo afinamos, lo intelectualizamos, lo aristocratizamos. Nuestros nervios adquieren una extraordinaria riqueza emotiva, como las cuerdas de esos viejos stradivarius que han vibrado siglos bajo la presión del arco mágico.

¿Pero ante esta hecatombe humana de la guerra quedará aún capacidad para sufrir? Este sentir doloroso de las cosas ¿no llegará a estallar como un instrumento frágil y divino? ¿Habrá siquiera una nueva sensibilidad, capaz de percibir de un modo especial y único este dolor nuevo, desgarrador e inaudito que ha de atravesar el dolor de los siglos como una voz perenne de la humanidad, que anatematice la barbarie de la guerra?

En ese fondo obscuro de la conciencia colectiva han quedado impresas de la voz ancestral, el clamor lejano de catástrofes terribles, las palabras obscuras.

El primer dolor del hombre fué la noche. Los himnos sagrados de los pueblos primitivos cantan la luz y glorifican al sol, celeste arquero vencedor. La obscuridad era también la angustia de Caín, en la noche del primer crimen inexpiable, en que las estrellas vacilantes parecían pupilas asombradas, fijas en su conciencia. En vano los flecheros del desierto, ágiles como las cabras salvajes, arrojaban sus flechas a los cielos. En vano Tubalcain construía la ciudad de bronce y piedra, cuyos muros enormes impedían el paso de un ejército. En la noche temible, un inmenso dolor obsesionante se concentraba en el ojo lívido que parecía mirar aún.

Ese inexplicable temor de los niños a las sombras, bien puede ser acaso la revelación tímida en que nuestra intuición pudiera sorprender vagamente en el umbral de la conciencia la dormida luz del primer dolor humano.

Cuando expiró Jesús sobre la colina del Calvario a la vista de la ciudad tendida entre sus huertos de olivos y de higueras, con sus bandadas de palomas y sus torres de oro; la muerte injusta del crucificado debió de ensombrecer el alma torva de sus verdugos y sus perseguidores. Y cuando difundida su palabra por los valles y aldeas, hecho el verbo luz en las almas ¡qué remordimiento infinito, qué angustia de querer rehacer el mal imposible, de darse en amor y redimir la culpa inexpiable! Y el alma de la humanidad que se ha vaciado durante veinte siglos en el manantial del Evangelio, ha creado en el misterio de la Pasión, un símbolo humano, en que busca todavía purificarse, imaginando la muerte y la resurrección, a fin de complacerse en el sacrificio lustral para purificarse la huella bárbara y tenaz del dolor irreparable.

¿Qué símbolo creará la humanidad para llevar este dolor? ¿Qué nueva Pasión ha de imaginar en que se revele a las generaciones, tras el artificio de la imagen, la realidad ensangrentada y doliente?

No hay fantasía capaz de imaginar la noche angustiosa de tantas almas segadas en flor como las gavillas de un trigal maduro; ni el amargo de tantas lágrimas vertidas por ojos que se han cerrado impiadosos, angustiados con un desesperado relámpago de muerte, de odio y de venganza; ni el bosque espinoso de cruces que ha brotado sobre las tumbas desconocidas. La ciudad blanca de la muerte ha de haber tendido sus tapias, enormemente bajo la noche glacial.

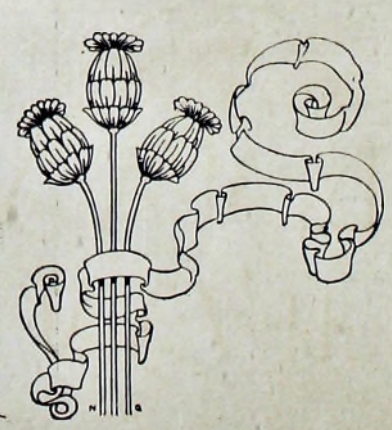
La humanidad ha de sobrevivir al naufragio. Empujada por las voluntades tenaces y heroicas, los elementos sociales se han de arraigar indestructiblemente. Las fuerzas ciegas que la ciencia y el arte han puesto en las manos de los hombres para destruir, han de concertarse en la armonía de un nuevo amor, en armas de forjar. En una avasalladora y nueva palpitación han de sentirse nuevas cosas.

Y la humanidad futura ensangrentada y doliente ha de buscar y crear en sus entrañas el dolor nuevo, que se forma en sus carnes flageladas por la muerte. El dolor que macera nuestros sentidos para la Vida y templa el alma, como el hierro de una espada en la corriente fría. El dolor nuevo, señor del universo, acicate del progreso, lábaro de futuras batallas, el dolor nuevo que está en potencia en nuestras entrañas, alma de vida, señor del porvenir!

Abramos a esa inquietud desconocida un nuevo cauce en nuestra conciencia, preparémonos a recibirle como el Mesías anticipado de la nueva edad. Su cuna es miserable como nuestro corazón ensangrentado. Pero él templará las armas y las máquinas nuevas, juntará las manos penitentes para una nueva plegaria, para una palabra nueva de amor y de esperanza que la Humanidad no ha pronunciado nunca. Abramos las ventanas de la Vida para que entre la luz de los campos.

Junto al ara desierta de los antiguos dioses que ya han muerto, arrodillémonos estoicamente. Seamos capaces de alcanzar y sentir el nuevo dolor!

J. C. Gómez Haedo.



Da. ANA.. ALGORTA ..DE .. MAÑÉ ..

Por su honrosa tradición de familia, por su elevada distinción personal, por su bondad sin límites y por su nobilísima e infatigable actividad en el ejercicio del bien, en el socorro de los menesterosos y de los desvalidos, Doña Ana Algorta de Mañé es una de nuestras matronas más respetables y merecedoras de la estimación y la gratitud de todos los que saben valorar en toda su grandeza las prácticas sin ostentaciones de la Caridad. — De sus innúmeras obras caritativas se destaca con brillo deslumbrante su actuación en la presidencia de la Sociedad de San Vicente de Paul de la Aguada. En ese puesto y fuera de él, la señora Algorta de Mañé, ha sido el alma de muchas nobles iniciativas. Y en su afán por la práctica de la beneficencia ha llegado hasta transformar el patio de su palacete en escenario de actos caritativos, repartiendo a infinidad de menesterosos alimentos y ropas. — La belleza de espíritu de la señora Algorta de Mañé debe servir de emulación para todos los que rinden a la Caridad acendrado culto.

La nueva paz

TANTO habían adelantado los pueblos más antiguos, numerosos y cultos, que habían dado a sus espíritus el mayor brillo intelectual y moral que haya tenido revelación en todas las formas de las ciencias, las artes y las letras. Todos, bajo la más intensa luz producida por el saber y la experiencia, habían llegado a poseer la noción de que por la naturaleza estaban destinados a la paz para la labor por la felicidad indefinidamente progresiva; de que para mutuo bienestar les incumbía el deber de la justicia; de que el común interés necesitaba la lealtad de todos con el derecho.

Entonces, erigieron un templo para que desde él fuera distribuída al universo, por sobre los egoísmos nacionales y la mala fe de los fuertes, la augusta majestad impersonal de la Ley: a la vez sabia y moral reguladora de la vida sin arbitrariedad entre los hombres y las sociedades. Pero contra la más misericordiosa verdad que pudiera abrigar la conciencia universal, un día amanecieron las civilizaciones atrincheradas en torno de sus diferentes banderas, y poniendo a servicio de los odios por los cuales procuraban hacerse mayor daño, su ciencia, su arte, su industria y su riqueza, coincidieron en la cooperación de todas contra la humanidad.

Fué la guerra más sangrienta y más ruinosa; no hubo otra con tanta muerte y tanto duelo; no se había padecido alguna con igual crueldad y mayor destrucción. Y todavía es así.

***

Cuando en el transcurso del tiempo vuelva una vez más a su existencia alternativa la paz reconstructora: como siempre no podrá ser otra que la que surja de los peores efectos de la catástrofe. ¿Por el agotamiento de los recursos? ¿Por la cantidad de muertos que disminuya el número de soldados? ¿Por la imposibilidad de que alguno de los enemigos triunfe? ¿Por cansancio y pobreza? ¿Por una de esas causas? ¿Por varias? ¿Por todas? ¿Por otras?

Sólo interesaría averiguarlo si el motivo del fin de la actual lucha pudiera traer la supresión de las guerras: la más poética quimera de la filosofía política hecha para consolar del dolor del desastre. Mas cuando llegue: como todas las veces que sucedió una conflagración cruenta en la humanidad, apenas habrá sido pactada la necesaria pacificación posible entre pueblos combatientes, empobrecidos y mutilados, y sólo sobre la solidez que pueda ofrecer ese cimiento de rencor y de estrago ella perdurará en el tiempo.

***

"¿Pero, envejecerá más que otras?", parece que se oyera preguntar a madres, esposas, amantes, hermanas y huérfanos, angustiados por el dolor de sus muertos. Y mientras el espíritu recoge esa interrogación de la ansiedad de las almas afligidas, el desengaño responde en cada conciencia: el destino que la espere será el mismo que tantas veces como lo registra la historia tuvo la paz entre los gobiernos que llevaron las naciones a la guerra.

Y, como siempre, sólo será mero juguete del egoísmo que renueva incesantemente el conflicto de los intereses y las pasiones entre los individuos y entre las sociedades, hasta transformarle — transcurridos años o siglos — en lucha por una arbitrariedad que un día hace nuevamente caer sobre los pueblos, como un castigo, la guerra a que parecen condenados: cada vez más sangrienta y destructiva, más antagónica con la civilización por su mayor exterminio de la vida, y de la obra de su labor creadora.

Juan Antonio Zubillaga.

Dibujo de Santana.

Fiesta del Invierno

FELICISIMA la idea que ha tenido la Comisión de Damas, organizadora de la Fiesta del Invierno.

Nada más amable, nada más lleno de encantos y de atractivos que una fiesta al aire libre en unos dias en que el invierno nos dió una tregua.

Una reunión selectísima bajo los árboles que van despojándose de hojas, en medio a los jardines que el frío ha dejado sin corolas, ante lo gris del cielo — ofrece un contraste que es novedoso y bello.

No importa que las ramas estén desnudas, que no haya flores en los parterres y que en el cielo no resplandezca el sol. En el paseo tradicional las damas y las niñas, con sus rostros encantadores, con su gentileza, con su elegancia, con sus perfumes; suplen y hacen que se olvide los colores y las fragancias de las flores, el brillar del sol (¿para qué el sol si los ojos femeninos fulgen como luceros?) y la alegría luminosa y estallante de la primavera.

Señoras

Dolores Bocage de Williams

Plácida Suárez de Villegas

Isolina Eastman de Vial Bello

Enriqueta Williams de Arteaga

Señoritas

Gomez Larravide, Villegas Suárez y Williams Bocage.

Señoras

Sofía Blixen de Suárez

Sofía Platero de Idiarte Borda

Agustina Sienra de Risso

Señoritas

Suárez Blixen e Idiarte Borda Platero.

Hermosa la iniciativa y admirable el resultado, puesto que la Comisión de señoras (lo más granado de nuestra sociedad) y que preside la señora Dolores Bocage de Williams Larriera, no escatimó actividad para que fuera el festival una nota verdaderamente elegante.

Esta original fiesta en el Prado tuvo por objeto arbitrar recursos para el sostenimiento de los establecimientos privados de enseñanza, todo lo cual contribuyó al éxito magnífico que obtuvo.

En el amplio paseo y en los alrededores del Hotel se habían instalado kioskos para la venta de flores. Y en esta tarea ocuparon toda su gentileza, todo su desinterés, grupos de niñas de alta figuración social, que fueron atractivo eficiente para que afluyeran compradores y el festival diera el resultado apetecido.

Todo Montevideo distinguido (si hemos de emplear una frase hecha), hizo acto de presencia en la Fiesta del Invierno, y de ese éxito brillantísimo puede reclamar todos los lauros la Comisión de Damas que preside la señora Bocage de Williams Larriera, Comisión que componen las señoras: Plácida Suárez de Villegas, Margarita Uriarte de Herrera, Isabel Barrozo de Saavedra, Elena Heber de Gallinal, Valentina Butler de Finn, Sofía Blixen de Suárez, Isabel R. de Irureta Goyena, María Herminia Garzón de Mañé, Josefina Gómez de Pastori, María Esther Echegaray de Sosa Díaz, Isolina Eastman de Vial Bello, Delfina Aguiar de Alvarez, Corina Rücker de Seré, Elvira Serratosa de Vidiella, María Zorrilla de Montero Bustamante, Clotilde Lussich de Hughes, Inah Acevedo de Mañé, Blanca Usher de Heber Uriarte.

Señoras

Josefina Gomez de Pastori

Enriqueta Williams de Arteaga

Señoritas

Shaw Villegas, Acevedo Alvarez y Gomez Larravide.

Rosina García Acevedo

En el gran salón: señoritas Julieta Gallinal. — Margarita Idiarte Borda. — Marieta Morquio. — M. Amelia Marquez Vaeza. — María Carolina Perez. — M. Elena Serrato, Sofía Suárez Blixen. — Teresa Sanguinetti. — María Teresa Velazco Piñeyrúa. — Blanca Gorlero. — Señores: Miguel Petit. — Luis Eduardo Larriera. — Juan Carlos Figari.

EN LO DE ORTIZ DE TARANCO

PUEDE enorgullecerse Montevideo de poseer algunas mansiones verdaderamente señoriales. Pero indudablemente una de las que con más esplendor, con más severidad y con más aspecto puede reclamar ese título es la que en la calle 25 de Mayo posee el caballero don Félix Ortiz de Taranco.

Magestuoso palacio, que es copia exacta de una histórica y famosa residencia en París, se halla ubicado en un sitio por el que el extranjero que llega a nuestro país tiene casi invariablemente que pasar. Nada, pues, que honre más a la ciudad que esa soberbia mansión, la que, diríase, sale al encuentro del forastero para decirle, con la armoniosa combinación de sus líneas arquitectónicas y con la soberanía de su exterior, que en nuestra urbe hay una cultura superior, una distinción mundana que nada tiene que envidiar a las más rancias de Europa, y también personas opulentas que saben orientar inteligentemente sus vidas en una ruta luminosa de alta sociabilidad y de exquisito gusto artístico.

El exterior del palacio Taranco no puede ser más hermoso y de más puro estilo. Y en el interior, todo lo más suntuoso que puede imaginar la mente más refinada, se halla colocado, pero no en aglomeración confusa sino con tan exacto sentido artístico y decorativo, que el visitante tiene a cada momento un motivo de admiración.

El hall es de una sencillez acentuadamente aristocrática. Primera afirmación de buen gusto, que predispone el ánimo a todas las más hondas satisfacciones artísticas.

Sobre las dos fachadas principales del edificio, se hallan los salones más bellos de todo el palacio. El uno está destinado a recibos, el otro es la gran sala de baile.

La luz irradia de las arañas y de los brazos, y se quiebra y multiplica sus reflejos y su brillo en los espejos, en los bronces, en los cristales. Es una ola de luz que todo lo invade, que todo lo exhibe y a todo da su justo y elevadísimo valor.

Salón de reyes es el principal, magnífico complemento del palacio suntuoso.

En el gran comedor, las paredes están recubiertas de gobelinos. Nada que dé la más profunda sensación de la prodigalidad que tenían y aun hoy tienen los castillos nobiliarios de Europa, que este soberbio comedor.

Una fiesta en tan admirable escenario, tiene por fuerza que resultar una reunión soberbia, brillante afirmación de la distinción de nuestro gran mundo y oportunidad magnífica para que nuestras damas más principales puedan ostentar su elegancia y su belleza.

Tal fué la fiesta que se realizó días pasados, fiesta de la que, en estas líneas y en la nota gráfica que publicamos, hallarán nuestros lectores un débil reflejo.

A su obsequiosidad imponderable la dueña de casa, doña Elisa García de Zúñiga de Taranco, unía una irreprochable elegancia. Su tránsito por los salones deslumbrantes fué un triunfo de gentileza y de distinción, y en ese triunfo de majestad y de cultura fueron principalísimas partícipes las señoras: doña Pilar de Herrera de Arteaga, doña Sofía Platero de Idiarte Borda, doña Josefina Pérez de Serrato, doña Julia Villegas de Shaw y otras aún que dieron carácter versallesco a la reunión y que magnificaron el ramillete primaveral, el alegre triunfo de juventud y de belleza de las niñas que asistieron a la fiesta, y fueron como una floración de aristocratismo en la deslumbrante majestad de los salones.

En ese grupo gentilísimo brillaron con toda la imposición de su hermosura y de su amabilidad, las señoritas Elisa, Isabel y María Elena Ortiz de Taranco.

Y junto a estas encantadoras niñas, vimos las resplandecientes bellezas de Maricucha Bustos de Vaeza, de Margot Idiarte Borda Platero, de Amelia Márquez Vaeza, de María Elena Serrato, de María Inés de Arteaga, de Plácida Villegas, de Clarita Müller, de Margarita Saavedra, de Corina Seré Rücker, de Margarita Heber Uriarte y de Corina Morales Berro.

El baile atrajo vivamente a todo el mundo joven. y en el raudo girar de la danza embriagadora, las horas se deslizaron tan veloces que cuando terminó la selecta reunión, todos creíamos, en el primer instante, que apenas se iniciaba.

Los Pendones de Montevideo

Antiguos pendones del Cabildo de Montevideo

LOS escudos de armas de las ciudades donde dominaban los españoles les eran concedidos por el rey y en las reales cédulas respectivas se describían con minuciosidad, acompañándolas, además, en la mayor parte de los casos, los dibujos coloridos; y les estaba expresamente prohibido a los virreyes, gobernadores y ayuntamientos, hacer en ellos modificación, agregación o supresión que no fuera previamente autorizada por nueva provisión real.

De estas disposiciones legales resulta: que los cabildos, que tenían el uso de los escudos de armas de las ciudades de que eran representantes, estaban obligados a usarlos y a mantenerlos estrictamente ajustados a los términos de la concesión real, careciendo, en absoluto, de toda facultad para hacer en ellos ninguna innovación, ni aún en los mínimos detalles.

En las grandes festividades de las colonias, que eran las del advenimiento de los reyes, los escudos de armas que se colocaban en las decoraciones de las plazas y de los edificios públicos solían estar surmontados por divisas o inscripciones mudables como las circunstancias, como el sentimiento, como la inspiración o el gusto dominante en la época o en la ocasión: y esas mismas inscripciones se veían en los estandartes o guiones, que también se consideraban decorativos, que se lucían en el acompañamiento del Pendón Real o del Pendón del Cabildo, no pudiendo tener entrada en estos pendones oficiales las tales inscripciones, como no la tendrían en el Pabellón Nacional ni en el Escudo de Armas que en la moneda representa la soberanía que la emite.

En los escudos de las ciudades suelen encontrarse, aunque raramente, motes o divisas, como las tenían las armas de la antigua nobleza y de los Ordenes de Caballería, y como la tienen diversos escudos nacionales; el de Inglaterra, por ejemplo, en cuyas armas, contorneadas por la divisa de la Orden de la Jarretera: "Honni soit qui mal y pense", está colocada debajo del escudo en una cinta, la divisa real: "Dieu et mon droit"; en el de los Estados Unidos de América, cuya águila sostiene en su diestra una banderola en que está escrita la conocida divisa: "In pluribus unum."

Pero estas divisas que son la expresión concentrada de un sentimiento, de un designio, de una cualidad característica o de una tradición o suceso histórico, tiene toda la permanencia del escudo de que hacen parte integrante, del cual no pueden ser separadas y dentro del cual no son alterables sino en la forma en que puede serlo el escudo mismo, esto es, por un acto de soberanía.

Nuestro Montevideo colonial tuvo sus pendones. Y fueron hermosos y de gran valor. Sobre tisú, los símbolos y las leyendas están bordados en oro de alto precio.

Domina en su campo el Pendón Real, que en sotuer con la Palma y la Espada, quedan ceñidos en la parte superior por la Corona de Olivos que corta o divide la puerta del castillo, descansando en la parte inferior sobre cuatro banderas inglesas abatidas.

Este pendón, que usó el Cabildo de Montevideo, fué otorgado en real cédula el año 1807, documento que llegó a Montevideo el 23 de Enero de 1809, a bordo del bergantín "Buen Jesús".

Esa real cédula dice textualmente:

"Por quanto: atendiendo a las circunstancias que concurren en el Cavildo y Ayuntamiento de la Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, y a la constancia y amor que ha acreditado a mi Real Servicio en la reconquista de Buenos Aires, he venido por mi Real decreto de doce del presente mes de Abril en concederle título de muy Fiel y Reconquistadora: Facultad para que use de la distinción de maceros: y que al Escudo de sus armas pueda añadir las banderas Inglesas abatidas que apresó en dicha reconquista con una corona de olivo sobre el cerro, atrabesada con otra de mis Reales Armas, Palma y Espada."

Hoy esas verdaderas reliquias de la época del coloniaje, nos parecen extrañas y tan ajenas a nuestra modalidad actual, que las consideramos casi exóticas y nos parece extraordinario que ellas hayan sido paseadas por las calles de Montevideo en los días de gran ceremonial.

Estas reliquias, de alto valor histórico, signos de la tradición nobilísima de nuestra ciudad, han servido de base para el proyecto de escudo de Montevideo, usado hoy por la Corporación Municipal.

Godo.

El pendón real del Cabildo de nuestra ciudad.

Sra.
Margarita
Guani de Cardoso
y su hijo

Gentilísima, con relevantes prendas de bondad, de distinción y de belleza, es la señora Guani de Cardoso una verdad representativa de todo lo que vale y de todo lo que significa la mujer, en la expresión del carácter y en la cultura de nuestra sociedad.

SOCA

EL Maestro, el hombre que domina en nuestro ambiente con todos los más elevados prestigios del talento, espíritu superior que ha llegado a culminar por el esfuerzo propio, fué objeto de un justiciero homenaje, al que nosotros queremos dar nuestra modesta contribución.

Nada que nos halague más que reconocer y elogiar los méritos de los conciudadanos ilustres que se imponen a la consideración del país por sus obras meritísimas.

Y comprendemos que debe exaltarse en el espíritu público este sentimiento de respeto hacia los uruguayos que, triunfando en cualquier expresión de la actividad, glorifican a la República y la hacen cada vez más respetada ante el concepto de las demás naciones.

No hemos de cejar en esta propaganda que conceptuamos inspirada en un alto interés patriótico. Quizá en nuestro país no sentimos todo lo ampliamente que fuera menester este sano orgullo por los hombres que reflejan gloria sobre la nacionalidad. Quizá aplicamos mucho indiferentismo en el reconocimiento de estas afirmaciones de las inteligencias uruguayas que sobresalen, ya no del nivel de la mentalidad nacional, sino que se imponen a las mentalidades extranjeras, aún a las de los países que más alto puesto ocupan en la cultura del mundo.

La orientación de nuestras buenas intenciones en ese sentido procurarán, en la medida de su acción, intensificar el culto por los ciudadanos eminentes que reclaman toda la consideración pública.

El doctor Francisco Soca es una de las personalidades científicas sudamericanas más distinguidas, más eminentes, que mayores títulos puede ostentar para ocupar el sitial preeminente que tiene conquistado.

Autoridad indiscutible en la familia galénica, su fama ha traspuesto gloriosamente las fronteras de la patria y se le respeta en todos los centros científicos de América y de Europa.

El doctor Soca es un ejemplo admirable de voluntad al servicio de una mente privilegiada.

Hoy puede ostentar el título de Maestro de Maestros, porque la distinción que le ha hecho la Academia de Medicina de París lo coloca en el pináculo del triunfo. Fué, pues, oportuno y justiciero el homenaje que le rindieron Médicos y Estudiantes, homenaje que noticia estas líneas modestísimas, expresión de nuestro respeto y de nuestra admiración por el compatriota ilustre.

Ciudadanos como el doctor Soca honran la mentalidad de un pueblo.

Coronel Eugenio Garzón

EN LA HORA SOLEMNE DE LA JURA

Sargento Mayor Andres A. Gómez

18 DE JULIO DE 1830

EN la tarde del 18 de Julio de 1830 el pueblo reunido en la que hoy es Plaza Constitución aguardaba emocionado que la Asamblea Legislativa jurara el Código Fundamental, base primera de la definitiva organización política del país.

Cumplido ese solemne requisito, entraron a la sala de sesiones los miembros del Gobierno: el brigadier general don Juan Antonio Lavalleja y sus ministros, quienes juraron ante el Presidente de la Asamblea que lo era don Silvestre Blanco.

Frente al Cabildo se hallaba formado el batallón 1.º de Cazadores comandado por el entonces coronel don Eugenio Garzón. Esta unidad, del ejército de la Nación que surgía en tan fausta jornada a la vida institucional de los pueblos, rendía guardia de honor ante la Asamblea Legislativa, en cuyo local se celebraba el acto más trascendental que en el país se contemplara.

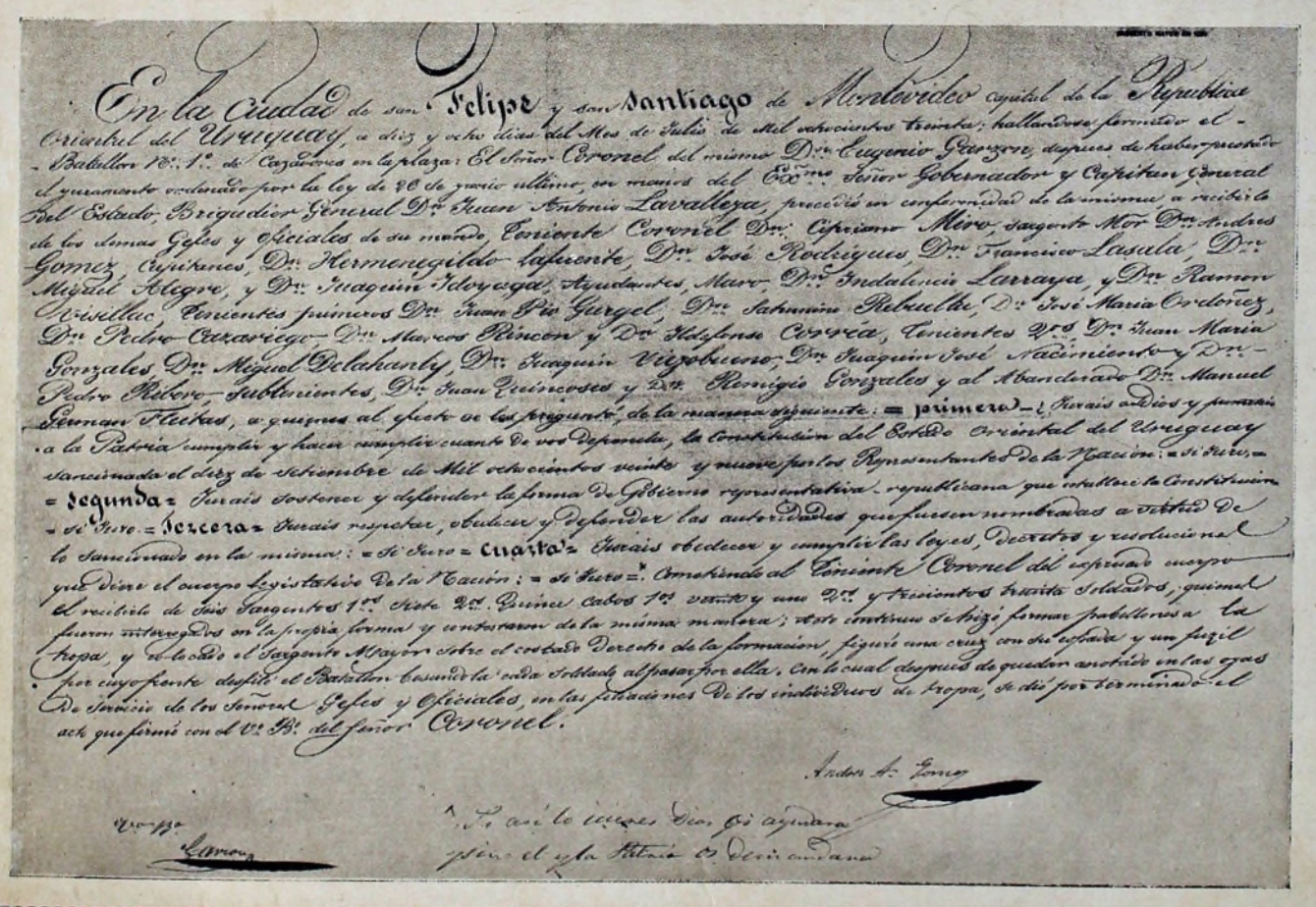
Prestó juramento el coronel Garzón ante el Gobernador Lavalleja y volviendo luego al frente del batallón que comandaba, recibió el juramento del segundo jefe, Mayor Andrés Gómez, y de todos los oficiales de su batallón, que lo eran: el teniente coronel don Cipriano Miró; los capitanes don Hermenegildo Lafuente, don José Rodríguez, don Francisco Lasala, don Miguel Alegre y don Joaquín Idoyaga; los ayudantes mayores don Indalecio Larraya, don Ramón Visillac; tenientes primeros don Juan Pío Gurgel, don Saturnino Revuelta, don José María Ordóñez, don Pedro Cazariego, don Marcos Rincón y don Ildefonso Correa; tenientes segundos don Juan María González, don Miguel Delahanty, don Joaquín Viejobueno, don Joaquín José Nascimiento y don Pedro Rivero; subtenientes don Juan Quincoces, don Remigio González, y abanderado don Manuel Germán Fleitas.

Acto seguido el Mayor Gómez ocupó la derecha de la línea y apoyando su espada sobre un fusil, figurando una cruz, ordenó que todos los individuos de tropa pasaran frente al sagrado símbolo besándolo como señal de acatamiento a la nueva ley que regiría desde entonces los destinos de la nacionalidad uruguaya.

Después de este acto tan sentido y elocuente, tal como cuadraba a los hombres de acero de aquella época, el batallón con la bandera nacional flameando orgullosa a los vientos de la patria consolidada y gloriosa, desfiló en marcha a su cuartel.

El pueblo, delirante de entusiasmo, tributó a los jefes y soldados que desde aquel momento eran depositarios de la inviolabilidad de la ley fundamental, vítores y palmas, acompañándolos en una verdadera procesión cívica, elocuente forma de exteriorizar su ardor patriótico y su agradecimiento a los que habían luchado con heroísmo y sacrificio inmenso por la Independencia del país.

Casi todos aquellos bravos hombres de armas habían participado en las campañas por la libertad y algunos habían sentido en sus rostros el álito quemante y triunfal de Ituzaingó, la última etapa de la gran jornada patricia.



En la Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo capital de la República Oriental del Uruguay, a diez y ocho días del Mes de Julio de Mil ochocientos treinta; hallándose formado el Batallon N.º 1.º de Cazadores en la plaza: El Señor Coronel del mismo D.n Eugenio Garzon, despues de haber prestado el juramento ordenado por la ley de 26 de junio último, en manos del Exmo Señor Gobernador y Capitan General del Estado, Brigadier General D.n Juan Antonio Lavalleja, procedió en conformidad de la misma a recibirlo de los demas Gefes y Oficiales de su mando. Teniente Coronel D.n Cipriano Miro, Sargento Mor D.n Andres Gomez, Capitanes D.n Hermenegildo Lafuente, D.n José Rodriguez, D.n Francisco Lasala, D.n Miguel Alegre, y D.n Joaquin Idoyaga, Ayudantes Mayor D.n Indalecio Larraya, y D.n Ramon Visillac, Tenientes primeros D.n Juan Pio Gurgel, D.n Saturnino Revuelta, D.n José Maria Ordoñez, D.n Pedro Cazariego, D.n Marcos Rincon y D.n Ildefonso Correa, Tenientes 2.os D.n Juan Maria Gonzales, D.n Miguel Delahanty, D.n Joaquin Viejobueno, D.n Joaquin José Nacimiento y D.n Pedro Rivero, Subtenientes, D.n Juan Quincoces y D.n Remigio Gonzales y al Abanderado D.n Manuel German Fleitas, a quienes al efecto se les pregunto de la manera siguiente: = primero = ¿Juráis a Dios y prometeis a la Patria cumplir y hacer cumplir cuanto de vos dependa, la Constitucion del Estado Oriental del Uruguay sancionada el diez de Setiembre de Mil ochocientos veinte y nueve por los Representantes de la Nacion: = Si Juro. = segunda = Juráis sostener y defender la forma de Gobierno representativa republicana que establece la Constitucion = Si Juro. = Tercera = Juráis respetar, obedecer y defender las autoridades que fueren nombradas a virtud de lo sancionado en la misma: = Si Juro = Cuarta = Juráis obedecer y cumplir las leyes, Decretos y resoluciones que dicte el cuerpo Legislativo de la Nacion: = Si Juro =. Acto seguido el Teniente Coronel del espresado cuerpo recibió de sus Sargentos 1.os siete 2.os Quince cabos 1.os veinte y uno 2.os y trescientos treinta soldados, quienes fueron interrogados en la propia forma y contestaron de la misma manera; acto continuo se hizo formar pabellones a la tropa, y colocado el Sargento Mayor sobre el costado Derecho de la formacion, figuró una cruz con dicho pabellon y un fusil por cuyo frente desfiló el Batallon besando la cruz sobre dicho al pasar por ella. En la cual despues de quedar anotado en las filas de Servicio de los Señores Gefes y Oficiales, en las foliaciones de los individuos de tropa, se dió por terminado el acto que firmó con el V.o B.o del señor Coronel.

Andres A. Gomez

V.o B.o
Garzon

Asi lo juren Dios los ayudara
y sino el y la Patria se los demande

Reproducción fotográfica del acta del Juramento de la Constitución prestado por la clase militar

Recepción en lo de Amézaga-Alvarez Mouliá, en honor de la señorita Josefina Ocampo Vedoya

LA recepción que días pasados se realizó en la residencia del doctor Juan José de Amézaga, fué en honor de la señorita Josefina Ocampo Vedoya, de la más selecta sociedad porteña, que se halla de paso por Montevideo.

La señorita Ocampo Vedoya, bella, elegante y de preclaro linaje, tuvo en la fiesta a que nos referimos una hermosa demostración de la amabilidad patriarcal que es característica en nuestras familias principales. Fué una fiesta amable, encantadora.

Un núcleo numerosísimo de nuestras más bellas señoritas hicieron acto de presencia en tan elegante reunión, formando un delicadísimo ramillete. Y dominando con su soberana belleza la señora dueña de casa, elegantísima, amable. Al verla en sus salones pasar como una verdadera reina de hermosura, recordamos el juicio que mereció a los cronistas porteños, durante su estadía en la vecina orilla acompañando a su esposo, que desempeñaba el elevado cargo de Embajador de nuestro país ante el Gobierno argentino.

La señora Celia Alvarez Mouliá de Amézaga fué el centro de la admiración en los salones de la capital vecina y todos los cronistas sociales al elogiar su chic y su belleza, desgranaron perlas de dialéctica en su loor y uno, con mucho acierto, dijo que parecía una imagen arrancada a una tela del inmortal Ducet.

Su tránsito fué, pues, triunfal a través de los salones porteños y con ello se acrecentaron aún más los prestigios que de hermosa y elegante ostenta la mujer uruguaya.

En la recepción que se realizó en su elegante residencia, la señora Alvarez de Amézaga fué una vez más la gentilísima dama de trato exquisito y de extrema amabilidad.

Todos sus invitados encontraron en ella una sonrisa de grata delicadeza, una palabra de suma galantería.

Con ello hizo digna compañía a su esposo, el doctor Amézaga, caballero cultísimo, de brillante figuración política y diplomática.

El hall de entrada y el gran salón resplandecían con sus mejores galas, y en el ambiente aristocrático imponían su belleza y su elegancia las señoritas Olga Beherens Hoffmann, Martha Iglesias Castellanos, Esther y Elena Alvarez Mouliá, María Elena Gómez Larravide, Silvia Acevedo Braga, Eloísa Gómez Harley, María Teresa Braga, Nené Díaz Fournier, Marieta Morquio Márquez, Elisa Blanco Wilson y otras aún; armoniosa guirnalda de juventud, de distinción y de belleza que prestaba a la reunión toda la deslumbrante imposición de su gracia.

La recepción en lo del doctor Amézaga fué una de las notas sociales más brillantes de las realizadas en la última quincena social.

Señoras: Celia Alvarez Mouliá de Amézaga. — Josefina Vedoya de Ocampo. — Celia Mouliá de Alvarez. María Angélica P. de Wilson. — Julia Villegas de Shaw. — Sofía Platero de Idiarte Borda. Isolina E. de Vial Bello. — Señores: Dr. Juan José Amézaga. — Ministro de España y Manuel Ocampo.

Señora Luisa C. de Pascual. — Señoritas Zelmira Iglesias Castellanos. — Margarita Saavedra Barroso. Emma Piera Muñoz. — Josefina Ocampo Vedoya. — Ester Alvarez Mouliá. — María A. Marquez Baeza. Silvia Acevedo Braga. — Olga Beherens Hoffman y Señor Carlos Garçao Marquez.

Y si merece ella el más caluroso comentario por el brillante éxito que alcanzó, debe también ser señalada como una nota altamente simpática por haber sido organizada en homenaje a una niña porteña.

De esta suerte se estrechan cada vez más los vínculos con la sociedad argentina, vínculos que no deben por ningún concepto aminorarse, ni debilitarse, dado que argentinos y uruguayos han convivido siempre tanto en los momentos de grandes satisfacciones como en las horas de duras pruebas.

La sociedad argentina, muy distinguida, con prestigiosa nobleza patricia, tiene sus orígenes en casi las mismas familias que la sociedad uruguaya.

¿Cómo, pues, no atender con preferencia este canje de afectuosidades y atenciones si con ello se afirman relaciones y se da consistencia a vínculos tradicionales?

Por otra parte es de desear que fiestas como esta se repitan durante el invierno.

Con tan magníficas reuniones se despiertan actividades sociales que no deben en ningún momento decaer.

Esas recepciones dan a nuestro mundo social el brillo que de derecho le corresponde y están de acuerdo con el pasado de nuestros salones, honroso pasado que nunca debe echarse en olvido.

Y si insistimos, a propósito de la bella reunión en lo del doctor Amézaga, respecto de lo grandemente beneficiosa que sería la repetición de esas fiestas, es porque sabemos existen en proyecto algunas, las que deben realizarse sin ninguna vacilación, para que nuestros salones sean todo lo admirados que merecen.

En esos salones existen innúmeras riquezas, pruebas soberbias de buen gusto y de exquisito arte. Las hay que podrían competir con los mejor alhajados de Europa.

La sociedad porteña evidencia más actividad que la nuestra.

Tomemos ejemplo de ella. De esa suerte se conservan y aumentan las buenas resonancias.

Podemos hacerlo. Debemos hacerlo.

Terminamos estas líneas mal pergeñadas, tributando un nuevo elogio a la fiesta realizada en lo de Amézaga - Alvarez, de la que guardamos gratísimos recuerdos.

Figuras consulares

DON Silvestre Blanco, ilustre patricio, nació en Montevideo, según lo comprueba la partida de nacimiento que dice así:

"Don Juan Joset Ortiz, Cura y Vicario de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, certifico en cuanto pueda y ha lugar que en el libro Cuarto de bautismo de la referida ciudad que está a mi cargo y empieza en siete de Diciembre de mil setecientos setenta y nueve y acaba en veinticinco de Junio de mil setecientos ochenta y cinco al folio 274, se halla la partida siguiente:

En treinta y uno de Diciembre de mil setecientos ochenta y tres, yo don Juan Joset Ortiz, Cura y vicario de esta ciudad de Montevideo, bautizé a un niño que nació ayer a las once y media de la noche y se le puso por nombre Silvestre Eusebio Ramón, hijo legítimo de don Juan Blanco y de doña María del Pilar Pérez y Valdez, vecino de esta ciudad. El Padre natural de la villa de Pineda en el obispado de Perona y la madre de Buenos Aires; abuelos paternos don Francisco Blanco y doña Mariana Flaquer, vecinos y naturales de dicha villa. Maternos don Bernardo Pérez y Valdez y doña Cayetana Delgado. Fué padrino don Eusebio Vidal Teniente de Magones de Almanza a quien advertí; la congnación espiritual que había contraído y sus obligaciones siendo testigo don Francisco Mont y don Nicolás Zamora vecino de esta ciudad y por verdad lo firmé Juan José Ortiz."

Los padres de Blanco tuvieron otros hijos:

Doña María Eusebia, doña Concepción, doña Nicolasa (casada con un señor Camusso), y don Prudencio que, lo mismo que doña María Eusebia, murió soltero.

Doña María del Pilar Pérez y Valdez contrajo segundas nupcias con el Coronel de Ingenieros don Bernardo Lecoq y de este matrimonio tuvo a don Francisco y a don Gregorio Lecoq, casados, respectivamente, con doña Pascuala Camusso y doña Margarita Ximénez.

Don Silvestre Blanco inició su carrera militar según los documentos que copiamos a continuación:

"Señor Subinspector General: Don Silvestre Blanco natural de esta ciudad, hijo legítimo del Capitán de Milicias don Juan Blanco y Flaquer y doña María del Pilar Pérez Valdez, actual consorte del Coronel de Ingenieros en Jefe don Bernardo Lecoq ante V. S. con el mayor respeto dice: que hallándose con las circunstancias que se requieren para servir a S. Majestad en la ilustre carrera de las armas, según lo acreditan los documentos que en debida forma presenta, desea emprenderla en la clase de Cadete; para cuyo efecto,

A V. S. rendidamente suplica se sirva expedir su decreto para que se le admita en el Regimiento de Infantería de esta provincia; a cuyo favor quedará reconocido. — Montevideo, 22 de Diciembre de 1798. — *Silvestre Blanco.*"

"Señor Subinspector General: Concurren en el suplicante las circunstancias que S. M. manda tengan los que sirvan en la clase de cadetes. — Montevideo, 23 de Diciembre de 1798. — *Miguel de Texada.*"

"Montevideo, 4 de Diciembre de 1799. — Habiendo hecho constar el suplicante que concurren en su persona todas las circunstancias que previene Su Majestad para la admisión de Cadetes en esta calidad debe tomar su asiento en el Regimiento de Infantería de esta provincia, cuyo Coronel dará las órdenes correspondientes al cumplimiento de este Decreto. — *El Marqués de Sobremonte.*"

Después de año y medio pasó a continuar sus servicios en el Regimiento de Dragones. He aquí su solicitud:

"Señor Subinspector General: Don Silvestre Blanco, Cadete del Regimiento de Infantería de Buenos Aires ante V. S. con el mayor respeto dice: se halla con la determinación de continuar su mérito en el Regimiento de Dragones de esta provincia y para poderlo verificar, a V. S. rendidamente suplica: se sirva expedir su providencia para que se le admita en el expresado Regimiento de Dragones en la clase de Cadete, a cuyo favor quedará reconocido. — Montevideo, 21 de Julio de 1801. — *Silvestre Blanco.*"

"Montevideo, 24 de Julio de 1801. — Concédese a ese interesado su pase como solicita en la misma clase al Regimiento de Dragones cuyo conforme conveniente al cumplimiento de este decreto, entendiéndose que su pase debe contarse desde esta fecha. — *El Marqués de Sobremonte.*"

Queriendo ampliar sus estudios, don Silvestre Blanco pidió licencia para pasar a Barcelona y a ese fin se le expidió el siguiente:

"Por cuanto por Decreto de esta fecha he concedido Licencia a don Silvestre Blanco, Cadete del Regimiento de Dragones de esta Provincia para que, como ha solicitado pueda pasar a España por el término de dos años con el fin de continuar y concluir el curso de Matemáticas en el Colegio de Barcelona; por tanto: ordeno y mando a los Comisarios de los Puestos y Bageles sujetos a mi jurisdicción y a los que no lo son ruego y encargo no le pongan impedimento alguno en su viaje. antes bien se lo auxilien. Para todo lo cual le hice expedir este pasaporte, firmado de mi mano, sellado con el sello de mis armas y refrendado del Secretario por S. M. de este Virreynato. — Dado en Buenos Aires, a dos de Julio de mil ochocientos y tres. — *Joaquín del Pino. — Manuel Gallego.*"

Reunida, en San José la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado y habiéndose resuelto la elección de un Presidente permanente, resultó electo por 14 votos don Silvestre Blanco, — habiendo obtenido 7 votos don Joaquín Suárez y otros 7 don Gabriel A. Pereira.

En Canelones, en la Aguada, en Montevideo, lo mismo que en San José, don Silvestre Blanco desempeñó sus elevadas funciones con una contracción verdaderamente ejemplar.

A él le tocó, en 22 de Diciembre del año 1828, tomar el juramento al Brigadier don José Rondeau que entraba a ejercer el cargo de Gobernador y Capitán General Provisorio.

Fué el primero en suscribir la Constitución del Estado, en 10 de Septiembre de 1829, lo mismo que el "*Manifiesto de la Asamblea General Constituyente y Legislativa de la República Oriental del Uruguay a los Pueblos que representa*", de 30 de Junio de 1830.

Don Silvestre Blanco fué casado con doña María del Pilar Ruiz, a la que trató por presentación que, en un palco del teatro San Felipe, le hizo la señorita Juanita Zudañez. De ese matrimonio tuvieron a María del Pilar Blanco, nacida el 11 de Noviembre de 1835 y casada el 12 de Octubre de 1855, con el autor de "La Argentiada", don Manuel Rogelio Tristany, quienes han dejado una larga sucesión, abrazando cuatro de los hijos varones la carrera militar en la República Argentina.

El retrato del señor Blanco, cuya copia publicamos, fué tomado del natural, poco después de jurada la Constitución, y se halla en el Archivo y Museo Histórico Nacional, merced a la solicitud de su Director, don Luis Carve, y a la generosidad de la nieta del prócer, la señorita María Estela Tristany Blanco.

Ofrecemos también a nuestros lectores los retratos, — que tomamos de un daguerrotipo, — de la esposa y de la hija de don Silvestre Blanco: doña María del Pilar Ruiz y doña María del Pilar Blanco.

Don Silvestre Blanco falleció el año 1841.

El carácter enérgico, la severidad de principios, la religiosidad del deber, hicieron que don Silvestre Blanco fuera una de las más altas personalidades en los instantes decisivos de la unidad del espíritu nacional y en los más trascendentales aún de la organización legal de la República.

Un detalle que prueba elocuentemente esta característica ejemplar de Blanco, es el de que no faltó a ninguna de las sesiones que celebró la Asamblea Constituyente, y en donde quiera que se reunió tan soberana autoridad, su digno presidente hizo acto de presencia, ocupando su sitio.

Silvestre Blanco, Presidente de la Asamblea Constituyente

Doña María del Pilar Ruiz y su hija Doña María del Pilar Blanco

Elisa de Maturana

Margarita Oríbe de Lasala

Juana Ca

Josefa Muñoz Quirós de Pérez

Manuela Maturana de Acevedo

Joaquina

Ante nuestro

Abanico conmemorativo de la Jura de la Constitución

He aquí dos páginas que honran en su grado a "Selecta".

No son tan sólo la comprobación de delicadeza artística que hoy apenas tiene que otra manifestación, sino que todas miniaturas reproducen, — bellamente, grupo de damas de elevadísima alcurnia brillante afirmación de un distinguidís pasado social, tan pródigo en ejemplos.

Las delicadas láminas de marfil, donde artista ha concentrado todos sus afanes, a recen, a través del tiempo con tanta exa tud de dibujo, con tanta brillantez de color que se diría ejecutadas ayer.

Dos fueron los miniaturistas que en épocas del virreinato y de la independen

Rincón

María de los Dolores Esteban de Rossi

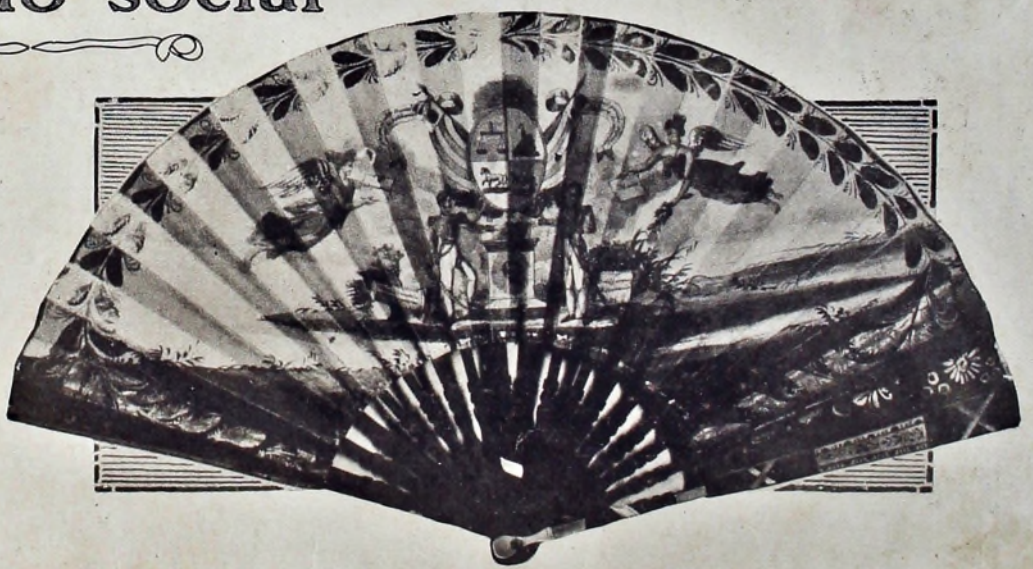
María Nín Frías de Esteves

María Inés Furriol de Lasala

Inés Pérez de Herrera

Acevedo

Pasado social



Otro ejemplar de los abanicos repartidos el día de la Jura

...lizaron todas las pequeñas y hermosas obras ...arte. La tradición ha conservado sus nom... ...s: Furriol y Odojerti, autores de las mi... ...turas que ofrecemos hoy a nuestros lec... ...es como una verdadera joya.
...stos medallones, ejecutados con una mi... ...iosidad ejemplar, recuerdan la majestad ...aquellas damas, venerables matronas que ...centraron en sí todas las características de ... época y cuyos apellidos son hoy base ...onmovible de grandes prestigios sociales. ...n la cariñosa intimidad de muy respeta... ...s hogares se guardan hoy estas reliquias; ...asta ellas hemos llegado para ofrecerlas ...no una magnífica nota de homenaje, de ...icación y de arte.

El pintor Parpagnoli

HE aquí un notable cultor del arte de Apeles.

Miradlo. Su figura es altamente simpática y arrogante. Hay en él un rasgo agradable de la bohemia soñadora y briosa que tantos genios ha dado al mundo, y un claro aristocratismo que eleva su trato a la categoría de un verdadero placer.

Tal nos ocurrió a nosotros en la visita que le hicimos en su lujosa residencia de la calle Larrañaga, donde nos encontramos con el más delicioso "home" que hubiéramos podido imaginarnos.

A nuestro encuentro salió la esposa del celebrado pintor, y su gracia, la armonía excepcional de su trato, su distinción, fué un encanto más unido a los encantos que ya nos habían cautivado.

Envuelto en una amplia bata de seda y terciopelo, elegante, sencillo y cultísimo, se nos presenta el pintor Parpagnoli.

Antes de llegar hasta el taller donde el artista labora y crea sus hermosas obras, los gentiles dueños de casa nos rindieron todos los agasajos de la hospitalidad.

El estudio es un rincón admirable. Ya conociamos al pintor por la excelente impresión que nos causaran algunas de sus obras; sobre todo el magnífico retrato de Samuel Blixen, que se halla en el Círculo de la Prensa, colocado en el salón principal de recepciones.

Ese retrato, una de las primeras obras que ejecutó Parpagnoli en nuestro país, muestra con más vigor y con más acierto la modalidad de este artista, cuya escuela (puesta de manifiesto en esa y en otras obras de la misma época), tiene todas las más bellas condiciones de los maestros italianos del Renacimiento.

El pintor G. M. Parpagnoli

Parpagnoli ha evolucionado. La escuela italiana clásica ya no tiene aplicación en sus cuadros de hoy. Su evolución se define hacia los métodos modernos; pintura divisionaria, interpretativa en los valores del color, que refleja a la naturaleza después de tamizarla en la impresionabilidad de un temperamento. Sus retratos actuales y sus paisajes tienen la atracción del colorido vibrante, quizá a veces demasiado violento, pero siempre atrayente, con tonalidades que si no son en todos los casos el reflejo de la verdad, en cambio tienen el encanto de los tonos luminosos, de los contrastes, de las medias tintas extrañas, casi exóticas, pero siempre inspiradas en un refinado sentimiento de belleza.

Hoy, Parpagnoli nos agrada tanto como paisajista que como retratista, aun cuando su especialidad sea el retrato. Los de hoy como los de ayer son de una gran fuerza de parecido, con esa verdad psicológica, rasgo característico que da el carácter íntimo de la persona retratada, efluvio de alma que sólo consiguen dar a los retratos los que conocen a fondo esta difícil rama de la pintura.

Tiene el estimado artista infinidad de proyectos de obras de gran aliento, a todas las cuales dará feliz culminación, porque Parpagnoli es un artista que conoce todas las ventajas que en el trabajo da el método y el ejercicio de la voluntad.

De nuestra visita a la residencia del artista conservamos una agradabilísima impresión, que aún perdura en el instante de escribir estas líneas.

El Cronista.

Un ángulo del magnífico estudio del señor Parpagnoli

CONTEMPLANDO UNAS VIEJAS FOTOGRAFIAS

LAS fotografías de antaño tienen un encanto especial. Ellas nos atraen con la severidad de su presentación, tan sencillas, tan simples, que puestas al lado de una fotografía de hoy, de esas verdaderamente suntuosas, con doble cubierta, papel de seda, rebordes dorados y coloraciones caprichosas, parecen humildes copias, tan humildes que ni como prueba las presentaría uno de los fotógrafos de la actualidad.

Y sin embargo estas fotografías tienen todas, en la casi humildad de su presentación, una poderosa fuerza subyugante, atractivo poderoso que reside en la majestad que de ellas emana, no sabríamos si por la sugestión que todo lo de antaño ejerce sobre nuestros espíritus impresionables, o por la indiscutible realeza que de los trajes se desprende.

Y así es.

Posiblemente la moda de 1830 y 1840 no estaría encuadrada en los más severos preceptos de la estética, quizá habría mucho que discutir y mucho que analizar, respecto de aquellos talles de "avispa", formados a fuerza de una exagerada opresión, que si ofrecían contraste más o menos agradable con la amplitud y abullonamiento de las faldas, torturaba las cinturas y provocaba las protestas airadas de los médicos.

Pero de todas maneras la majestad de aquellas damas se impone a nuestra frivolidad de hoy y nos da ejemplo de cómo puede ser la verdadera altivez en la más grande simplicidad.

Tenemos ante nuestros ojos tres fotografías de antaño. Reproducen ellas a tres damas muy distinguidas de las épocas gloriosas y siempre aleccionantes, y no cabe más que examinarlas rápidamente para que de inmediato, aun ignorando los nombres, comprendamos que son tres damas representativas de aquel pasado social que tanto debe siempre enorgullecernos.

Fueron tres señoras que llamaron la atención por su belleza, por su distinción, por su elegancia.

Mademoiselle Condesa Matilde de Brayer

Doña Carlota Sustacha de Chiriffe

Doña Corina Oromí de Villegas

Las fotografías nos las muestran vistiendo el clásico traje de cotilla, que tanto se usó entonces y tan espirituales hacía los cuerpos femeninos, para encanto de los hombres de la época y para envidia nuestra, que hoy nos tenemos que conformar con verlas a través de esas pequeñas fotografías amarillentas y semiborradas.

Las joyas que completaban la *toilette* de aquellos días, tenían también su originalidad y su belleza.

Los grandes peinetones, afiligranados, riquísimos, que eran verdaderas, magníficas obras de arte, daban a las cabezas una majestad única.

Las grandes cadenas de oro o de piedras preciosas rodeaban los cuellos esbeltos y caían elegantemente hasta el talle. Las carabanas, o aros largos, formaban como un marco muy bello a las deliciosas caritas. Y las "pulseras" exornaban los brazos con el brillo de su bruñido oro, oro cincelado, macizo y fuerte.

De verdad que eran interesantes y gentiles aquellas personitas delicadas que fueron la delicia de nuestros abuelos.

En los saraos, en los paseos al aire libre, en todos los sitios donde se presentaban, reinaban ellas con la soberanía que también reunen hoy las que son sus biznietas.

Las amplias polleras, donde los pliegues caían en forma armoniosa, daban a las siluetas femeninas un "aplomo", una realeza que por cierto era más sugestiva que las de las siluetas creadas por la moda de la pollera - funda, tan de estilo hasta hace poco.

Las tres damas que nos han sugerido estas evocaciones de los tiempos idos, fueron altamente representativas en la sociedad de aquellos días y hoy sus descendientes mantienen aquellos prestigios con toda ejemplaridad.

La gran lírica

CARUSO

LA temporada lírica oficial de Agosto se anuncia este año con los prestigios de nombres archi-famosos en el mundo del arte.

Caruso, la Barrientos, la Della Riza, Journet, Lafuente, la Vallin Pardo, Giraldoni, Crabbe. Nombres que la fama trae y lleva de uno a otro confín del mundo y que son una sólida garantía de la importancia artística de la tournée máxima.

No hemos de detenernos en un examen detenido de las figuras más representativas del elenco. Sería superfluo. Todos conocen las admirables condiciones de los cantantes que forman cabeza en la gran compañía lírica.

En las diez funciones de abono se pondrán en escena las óperas que más atraen la atención del público y se estrenarán: "Lodeletta" de Mascagni, "L'Etranger" de D'Indy, "La Rondine" de Puccini.

En las seis funciones restantes se han combinado programas excelentes, en uno de los cuales figura "Pagliacci" cantado por Caruso, detalle este más que suficiente para despertar el mayor interés, pues aún recordamos con profunda emoción la estupenda noche en que el gran tenor cantó esa ópera en el Urquiza.

El éxito del abono ha sido completo. No podía esperarse otra cosa dado el elenco y el repertorio. Completamos esta nota dando una parte de la lista de los abonados:

Presidente de la República, Pablo Mañé, Augusto Morales, Manuel Lessa, Pedro Etchegaray, Baltasar Brum, Arturo Heber Jackson, Francisco A. Lanza, Mora Magariños, Eduardo Brito del Pino, Claudio Williman, Juan Campisteguy, José Shaw, Santiago Bordaberry, Adolfo Artagaveytia, César Schiaffino, Manuel Quintela, Alfredo Etchegaray, Pedro Mir, Horacio González, José Saavedra, Manuel Vaeza Ocampo, Gilberto Lasnier, Flora Wells de Shaw, Guillermo Wilson, Manuel Acosta y Lara, Juan Lorenzo Etcheverry, Agustín Cardozo, Alex Sundberg, Secundino Balparda, Germán Larión, Román Freire, Emilio San Juan, Vicente Pablo, Joaquín Requena y García, Carlos Bellini Carsoglio, José M. Rodríguez Sosa, Pedro Lena, E. Dellazoppa, Miguel Lapeyre, Alberto Rodríguez, Juan C. Roselló, José Colaso Gómez, Agustín Sanguinetti, Matías Alonso Criado, Juan Domingo Lanza, Agustín Estrada Gauland, Federico Vidiella, Ricardo Shaw, Eduardo Hoffmann, José Joaquín Canabal, Juan Pedro Etchegaray, Sayagués Laso, Walter Fraling, Juan Pons, Enrique Geille, José Deluchi, Berta Zubillaga, Elvira Grase, Antonio Rodríguez, Guillermo Perino, Federico Escalada, Manuel González Villar, Alejo Rosell y Rius, Alberto Puig, Lauro Brum, Aníbal Chacón, María Dellaca, Juan Canale, Carolina Favaro, José Infantozzi, Juan D. da Silva, José Macció, Pedro Díaz, Odicini Dante R. Peirano, Luis Olivier Montero, Serapio del Castillo, Pilar Muñoz Silva, José B. Etchegaray, Pedro E. Casarino, Arturo Gaye, Joaquín Oribe, Bernardo Riet Correa, Juan José Sosa Díaz, Luciano Lacerre, señor Galfetti, Tomás Grilfo, María Teresa Pittaluga, J. Carlos Vallarino, Juan José Salvagno, Santiago Rivas, José Gómez Ferreira, Francisco Costa, Raymundo Janssen, Blas Vidal, Arturo Wilson, María R de Chiarino, Antonio Marexiano, Ricardo Sánchez, Beltrán Hardoy, Juan Grondona, Fidel Cavallieri, Julio Poitevin, Alberto Cappone Brusco, Ricardo Serventi, Francisco Arena, Alejandro Dematteis, Umberto Pérsico, Farriols, Carlos Pernin, Manuel F. Da Silva, José V. Carvallido, Alejandro Shaw, José A. Ferreira, Enrique Risso, José Tálice, Juan Rampón, Teresa B. de Basso, Juan Veltroni, Alfredo Giribaldi, Cuocco, Miguel Deque, Juan Zamora, Honorio Federici, señoritas de Nin, Tomasa B. de Rodríguez, Alberto Miguel Lecour, Pedro Turcatti, Francisco Helguera, Andrés de Badet, Silvio Cassarino, Francisco Hidalgo, J. M. García y García, Juan Buela, Horacio Acosta y Lara, J. P. Santayana, Juan P. Beisso, Fernando Giribaldo, Francisco Campantico, Edelmira de la Bandera, Juan Dighiero, Marcelina Montero, Enrique Anthelo, Luis Barbagelata, Orfilia Solari, Alfonso Seré, Alberto Heber Uriarte, Dolores P. de Caprile, Pablo De María, Mario Etchegaray, Quinto Bonomi, Leonor Horticout, Juan Cánepa, señoritas de De León, Eduardo Saez, Carlos Abal, Alberto Seguez, Domingo Cuyaba, Carlos Castro, Julio Bazardo, Pedro Díaz Lemón, Teresa Saavedra, señoritas de Etcheverrito, Pedro Ceriani, Zipitría Montero, B. Introzzi, Juan Aschieri, Francisco Campodónico, José Piaggio, Gonzalo Vázquez Barriere, Pedro Muñoz, Julio M. Mangino, Ignacio Porta, Federico Battaglino, Juan Puy Natino, Domingo Cuadra Díaz, Severo Rodríguez, Pedro Aramendia, Alfredo Fernández, Blas Conde, Pedro A. Staricco, Eduardo Roubaud, González Danrée, Pedro Marquese, Antonio María Rodríguez, Rodolfo Mezzera, Arístides Muñoz Ramos, Benigno Dell, José Juega, Augusto Guerra Romero, María E. Fernández, Samuel Rossi, Luis E. Larriera, Villegas Suárez, Pedro Negri, R. Sosa Díaz, Juan Carvallido, Pablo Varzi (hijo), Perfecto González, Pedro Otonello, José Puppo, Alejandro Mautone, etc., etc.

LAFUENTE

MARÍA BARRIENTOS

VALLIN PARDO

Liga Uruguaya contra la Tuberculosis

Doña Bernardina Muñoz de De María

Curar y Preservar.

Lo segundo antes que lo primero. Más aun que lo primero, porque su acción es más eficaz, más amplia, más efectiva.

Estas son las dos orientaciones que tiene la acción de la Liga contra la Tuberculosis.

Curar es noblemente piadoso; es de un alto espíritu evangélico, es ir directamente contra el dolor, contra la desventura, es detenerse amorosamente en la marcha para recoger al vencido que cae a la vera del camino, quizá de otra suerte condenado a morir sin socorro, sin que una mano piadosa le acercara a los labios una gota de agua.

Preservar es obra profundamente científica, es combatir al morbo antes de que desarrolle su acción es vencer antes de que se inicie la acción, terrible acción, en la que, generalmente, el hombre sale derrotado. Preservar es velar por la fortaleza de la raza, por sus energías efectivas, pues evitando que el organismo se dañe, se le conserva en toda la plenitud de sus energías y en toda la fecunda actividad de su esfuerzo.

Por eso es altamente noble, grandemente patriótica, honrosa para el país, la obra de la Liga contra la Tuberculosis.

Los nombres de los que la han iniciado y de los de aquellas personas que hoy continúan tesoneramente y sin desmayos la acción meritísima, deben ser tenidos en el concepto de benefactores del país, porque es tarea inmensa, tarea que no admite tregua, tarea sin descanso, la que exige la detención del avance devastador de esa plaga de la Humanidad, cuyos estragos son más grandes que los de la más tremenda de las guerras.

Obra buena, obra de reparaciones sociales, obra de higiene, de salud y de vida, obra que es como la esencia purísima de todas las mejores inspiraciones del alma colectiva.

Por más que se escriba, por más que se hable, por más que se glorie, nunca podrá decirse bastante en homenaje merecido de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, la institución que, no vacilamos en afirmarlo, más distingue al Uruguay, aun cuando nuestro país, por el esfuerzo de sus buenos hijos, tenga tantas cosas de que enorgullecerse.

Y esta obra es, en mucho, en gran parte, resultado de la actividad de las Comisiones de señoras, obra sagrada en que la piedad femenina tiene parte principalísima, de la bondad sin limitaciones de las que saben ser esposas y madres, de toda esa concentración de exteriorizaciones sentimentales y afectivas que forma el espíritu de la mujer, y es como un bello contraste de luz, en las tinieblas horrendas, que son los odios, las ambiciones, las luchas y los egoísmos de los hombres, cuyas explosiones de rencores y de insanias, empapan de sangre las páginas de la historia.

No es posible elogiar la acción de la institución referida, sin tributar a las señoras en cuyo florecimiento coadyuvan, grande loa; porque la Liga Uruguaya es el fruto hermoso del sentimentalismo femenino puesto ante el dolor y la miseria.

En las Comisiones de señoras que se han sucedido desde la fundación de la Liga hasta el presente, han figurado damas de alta representación social, espíritus amplísimos en los que la iniciativa fecunda y la segura dirección fueron condiciones sobresalientes y elementos principalísimos en el brillante éxito de toda labor emprendida.

Las presidentas de esas Comisiones de damas fueron hasta el presente: doña Ema Ruano de Capurro, doña Bernardina Muñoz de De María, doña Guma del Campo de Muñoz, doña Matilde Regalia de Roosen y actualmente ha vuelto la señora Muñoz de De María a ocupar ese elevado cargo, para volver de nuevo a imprimir a la institución benefactora el grande impulso que le diera en su primera presidencia.

Doña Bernardina Muñoz de De María es una de las damas más representativas de nuestra sociedad. En ella se aunan delicadezas invalorables de espíritu, con sólidas riquezas de cultura. En su característica modestia guarda exquisitamente toda la belleza de su espíritu; dándonos, en nuestros días un tanto banales, la exacta representación de una dama de otros tiempos, de aquellas matronas de ayer, que aun las obras más extraordinarias, los esfuerzos más brillantes y hasta heroicos, los llevaban a cabo con una sencillez, con una serenidad, con una tal ausencia de bulla y de envanecimiento, que ello prestaba mayor grandeza a la grande realización

Grupo de señoras concurrentes: Bernardina Muñoz de De María. — Carmen Martínez de Williman. — Margarita Sierra de Sánchez. — Angela Pérez Cantera de Mainginou. Lucila Narbondo de Guillot. — Celia Alvarez de Amézaga. — Josefina V. de Ocampo. — Fortuna Oddo de Giribaldi. — Cata Castro de Quintela. — Emilia B. G. de Granotich. María P. de Sabat. — Dolores Ramos Suarez de Rodríguez. — Julia G. de Ramos Suarez. — Elina E. de Castellanos. — Carmen I. B. de Muñoz Ximenez. — Eusebia Pebet. Carmen M. de Muñoz. — Amelia Navarro de Burmester. — Paulina D. de Llovet. — Julia Calamet de Capurro. — Ema Marexiano de Garabelli. — Elena Marexiano de Ramasso. Flora G. de Granotich. — Dolores Estrazulas de Piñeyrúa. — María Elena R. de Fischer. — Berta De María de Pratt.

de sus actividades, de sus iniciativas, fueran de carácter filantrópico o patriótico.

La presidencia de doña Bernardina Muñoz de De María, es una garantía real, efectiva para la buena marcha de la Liga. A sus iniciativas inteligentes, responderá el más halagüeño de los resultados.

En la vicepresidencia figura otra dama de grandes vinculaciones sociales. Nos referimos a la señora Carmen M. de Williman, a cuya nobilísima dedicación debe la Liga verdaderas conquistas y muchos prestigios. Con tan distinguidas colaboradoras, la Liga Uruguaya tiene forzosamente que imponer su acción benéfica y culminar en la ruta que sigue, para bien de la población de la República.

El Dr. Luis Piera, el Dr. Manginon y el señor Juan L. Pascualini ante un grupo de niños internos

En la presidencia de la Comisión de caballeros se halla el doctor Luis Piera, personalidad de alto relieve en la magistratura nacional, que dedica a la humanitaria obra todo el caudal de sus conocimientos y todas las ventajas de sus prestigios sociales.

La publicación de esta nota, además de responder a nuestro propósito de hacer conocer a las instituciones benéficas, la motiva además la realización de una visita que al Sanatorio que posee la Liga en la calle Larrañaga, realizaron días pasados algunas señoras y caballeros.

Ese Sanatorio y Escuela al Aire Libre es una de las dependencias de la Liga que más hermosos resultados da. En el sanatorio se hallan ochenta niños en calidad de internos. Y en la Escuela son cien los niños que siendo discípulos de las escuelas del Estado, por su estado de debilidad, son enviados allí por los facultativos del Cuerpo Médico Escolar.

La nobilísima institución tiene, por otra parte, otras dependencias donde con tanta eficacia como en esta, se atiende a los enfermos y se da alimento y ropa a los necesitados.

La casa central, donde se halla el gran consultorio médico, las oficinas, el horno de desinfección y los baños para obreros, se halla ubicada en la calle Magallanes y es un magnífico edificio.

Además, la Liga tiene dispensarios diseminados en todos los radios de la ciudad, especialmente donde se hallan aglomeraciones de población obrera.

En esos dispensarios se reparten diariamente, a los enfermos que se hallan inscriptos en la Liga, raciones de pan, leche y carne. De esta suerte la institución no sólo da medicamentos y asistencia médica, sino que también, el sustento abundante y de primera calidad, base quizá la principal para combatir a la tremenda dolencia.

Contribuye además la Liga al sostenimiento de la institución denominada "Copa de Leche", que funciona en varias escuelas del Estado. Consiste en el reparto diario a los discípulos de una copa de leche y un panecillo.

Los cuadros estadísticos, hechos por la Liga y los del Consejo Nacional de Higiene, dan la comprobación más halagüeña de una disminución de atacados por el bacilus de Kock y los cuadros particulares de la institución que nos ocupa, comprueban por otra parte de una manera elocuente infinidad de casos de curación radical, vale decir, la reintegración a la vida de muchos pobres seres que se hallaban condenados a muerte y con esa reintegración a la vida la vuelta a la alegría, al trabajo, a la paz del hogar, verdadera aurora de bonanza después de una noche cruel de tempestad, de incertidumbre, de vagar desatentado en medio de las tinieblas.

El doctor Constancio Castells, al ser enviado a España como delegado del Uruguay ante el Congreso Antituberculoso de San Sebastián, en un discurso pronunciado en la sesión inaugural, dijo que la obra de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis se debía en mucha parte a la contribución generosa del pueblo.

Los alumnos de la Escuela al Aire Libre en el momento del reposo

Y explicó la forma en que se realizaban las colectas y a las sumas respetables que esas colectas ascendían.

Ante los médicos españoles estas declaraciones produjeron hondo efecto. Les llamó poderosamente la atención ese medio tan simpático de sostener el funcionamiento de una institución benéfica y el Ministro de Estado al hacer el elogio de la iniciativa uruguaya (debida a la inteligencia, a la ilustración y a la bondad del doctor Joaquín de Salterain), declaró que en España se haría algo semejante para sostener a las instituciones antituberculosas del reino.

Desde aquel día quedó instituído en la península el llamado "Día de la flor".

Terminamos:

La más grata impresión recogimos en nuestra visita, donde la gentileza de las señoras de la Comisión nos puso en conocimiento de los detalles más interesantes del funcionamiento de ese Sanatorio.

A la pericia inteligente del Administrador General, señor Juan L. Pasqualini, debemos también un elogio y a su caballerosidad un agradecimiento.

Y lo repetimos una vez más: la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis honra al país.

*
**

No hemos de cerrar esta nota, en la que contenemos elogios a la presidenta de la Comisión de Damas, sin aprovechar la feliz circunstancia para dedicar algunas líneas a otra actividad benéfica de la señora Bernardina Muñoz de De-María.

Nos referimos a su puesto principalísimo en la Liga Antialcohólica, concurrente en otro esfera de acción, a la obra antituberculosa.

En el último Congreso de la Asociación Mundial de Templanza de Señoras, celebrado en Brooklyn (Nueva York), en Diciembre de 1913, la señorita Hardynia K. Norville fué nombrada delegada para visitar las Repúblicas de Sud-América, a fin de invitar a las damas de esos países para unirse a las señoras de las 55 naciones que constituyen aquella organización.

La delegada se dirigió en primer término al Uruguay, en vista de la reputación de cultura e inteligencia de las señoras de esta República.

Preparó con toda dedicación una magnífica conferencia en la que demostró las proporciones alarmantes que el alcoholismo había adquirido en nuestro país. En esta conferencia titulada "El alcoholismo en el Uruguay y medios de combatirlo", el doctor Salterain probó acabadamente por medio de las estadísticas, la urgencia que había en combatir el mal y la forma en que podría lucharse con seguridades de éxito. Terminada la conferencia se inscribieron más de 300 nombres en la lista de adherentes a la "Liga contra el Alcoholismo", resolviéndose constituirla de inmediato. Al efecto, la señora Manuela de Herrera de Salterain, colaboradora incansable y entusiasta de la obra, tomó con todo empeño la tarea y consiguió la adhesión de un grupo de distinguidas damas.

En una reunión, que tuvo lugar el 10 de Junio de 1915, se designó a la señora Bernardina Muñoz de De María para ocupar el cargo de Presidenta de la Liga Uruguaya contra el Alcoholismo, aceptando dicha dama el cargo en vista de la insistencia con que le fué ofrecido por sus amigas.

Hoy la Liga contra el alcoholismo es una institución que tiene ya adquiridos legítimos prestigios.

La señora Bernardina Muñoz de De María, es también presidenta del Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay, alta manifestación de la intelectualidad femenina en nuestro país.

El día de Francia

El niño Capeto hijo de María Antonieta que la ola revolucionaria arrolló en su vorágine.

El grabado reproduce una preciosa miniatura propiedad de la señora Matilde Rincón de Piñeyro

LA República francesa conmemora en este mes su más gloriosa efeméride. Día de celebraciones triunfales para la gran democracia, y de intensificaciones republicanas para los pueblos todos del mundo y especialmente para los de América, cuyas instituciones libres surgieron de Francia.

Pasa Europa actualmente por un terrible período de desorganización y de violencia. Francia paga tributo a este momento de crisis horrenda. Pero de en medio a ese torbellino espantoso de pasiones desencadenadas, la fecha gloriosa para el mundo surge como un relámpago de faro, y recuerda con intensidad siempre vigorosa que a la Revolución de 1773 se debe el surgimiento de una nueva era.

Fueron aquellos, momentos de gran solemnidad para el patriotismo francés. Causa asombro, un asombro abrumador, la lectura de las crónicas de la época, donde con más vigor y más descarnada verdad se halla el reflejo de aquellos días gestatorios.

De entre esas crónicas nos parece oportuno el tomar algunos párrafos de un sermón que en la iglesia de San Jaime y los Santos Inocentes pronunciara el sacerdote Fauchet, glorificando el recuerdo de los caídos en la jornada estupenda del 14 de Julio. Habla de ese acto solemne y del famoso sermón un escritor de la época.

Y dice:

" Todo fué notable e imponente en aquella solemnidad, que tuvo lugar en la iglesia parroquial de San Jaime y los Santos Inocentes. Pero lo que era nuevo enteramente es que el orador también había contribuído en cierto modo a la conquista que se celebraba; se había encontrado en medio de aquellos cuya memoria se honraba, y aunque revestido del carácter de sacerdote, había desplegado el mismo valor y demostrado la misma intrepidez al correr el mismo peligro.

" El tono de su discurso fué nuevo, como el asunto y la ocasión: era el grito de alegría de la triunfante libertad; era la promulgación de sus máximas en nombre de la religión y en el púlpito de la verdad; era la historia de los crímenes del despotismo admirado al verse atacado por un sacerdote, más admirado todavía al ver convertirse contra la tiranía las armas que hasta entonces había osado buscar en el cristianismo y los libros sagrados. Ya se sabe el partido que sacaba de las palabras. Dad al César lo que es del César. " Sí — exclamaba el orador; — pero lo que no es suyo ¿hay que dárselo también? Pues bien; la libertad no es del César, es de la naturaleza humana. El derecho de opresión tampoco es del César, y el derecho de defensa pertenece a todos los hombres. Los tributos sólo son del príncipe cuando los pueblos los consienten; los reyes sólo tienen derecho en la sociedad a lo que les conceden las leyes, y nada tienen si no es por voluntad pública, que es la voz de Dios ". El orador acusa de impiedad a los falsos doctores que han pervertido el sentido de muchos pasajes de las Sagradas Escrituras. "¡Cuánto mal han hecho al mundo los falsos intérpretes de los oráculos cuando han querido, en nombre del cielo, hacer arrastrar a los pueblos bajo la voluntad arbitraria de sus jefes! Han consagrado el despotismo, han hecho a Dios cómplice de los tiranos: este es el mayor de los crímenes ". Combate a estos falsos doctores con otros pasajes de la escritura más convenientes y victoriosos. Afirma que la Revolución francesa, atribuída a la filosofía, no por eso deja de estar relacionada con la religión y los planes de la Providencia. Se atreve a rendir a la filosofía, tan calumniada hasta entonces, el homenaje que se le debe. "¡Hay que decirlo, y muy alto, y hasta en los templos: la filosofía ha resucitado a la Naturaleza! Ella ha recreado el espíritu humano y devuelto el corazón a la sociedad. La servidumbre había muerto la humanidad, el pensamiento la ha reanimado. Ha buscado en sí misma y ha encontrado la libertad. Vosotros, filósofos, habéis pensado; os damos gracias por ello. Representantes de la patria, habéis animado nuestro valor; os bendecimos. Ciudadanos de París, generosos hermanos míos, vosotros habéis levantado la bandera de la libertad; ¡gloria a vosotros! ¡Y vosotros, víctimas intrépidos que os habéis sacrificado por la felicidad de la patria, recoged en el cielo, con nuestras lágrimas de agradecimiento, la alegría de nuestra victoria! ".

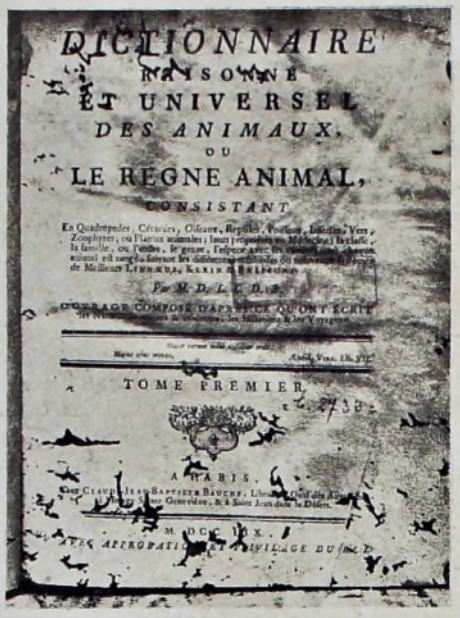
No es este el único pasaje del discurso en que el orador, inflamado de entusiasmo de la libertad, parece envidiar a las víctimas que ensalza. Se ve que estaba tentado de decir, como Pericles, en ocasión algo semejante, a las viudas e hijos de los muertos: " Quería consolaros, pero no puedo compadeceros ". Sublimes palabras que estaban en el alma del predicador francés sin que las modulara su boca. A él se le puede aplicar más particularmente el hermoso y feliz texto de su sermón: " Vosotros estáis llamados a la libertad ".

Figuraos el efecto de tal discurso en un auditorio dominado por las mismas pasiones, el mismo estado de ánimo que el orador. Una corona cívica, formada rápidamente por el entusiasmo de sus oyentes, cubrió su cabeza en medio de aplausos; un heraldo la llevó delante de él hasta el Hotel Ville, hacia donde se dirigía, rodeado de todos los oficiales del distrito, entre dos compañías, que iban tambor batiente y con las banderas desplegadas. Imagen de la pompa y el cortejo que, más de una vez, en los antiguos pueblos libres, exteriorizaban o recompensaban el triunfo o la utilidad de la elocuencia.

Cientos de años han pasado desde aquel día de definiciones radicales para la existencia política de los pueblos.

Hoy Francia ha olvidado por un momento el culto de la Gracia, de la Belleza, del Arte y de la Ciencia para entregarse con estoicidad a la solución de un problema guerrero.

Hagamos votos para que la Francia cultural y gentil, reaparezca apenas se disipe el humo trágico del último cañonazo.



Enfermo grave

El libro y sus enemigos

Otro enfermo de cuidado

DENTRO de unos días se publicará un interesante libro original del señor Arturo Scarone, Conservador de la Biblioteca Nacional de Montevideo, joven estudioso y lleno de méritos, y de cuyas dotes es buen reflejo este curioso volumen.

Se titula "El libro y sus enemigos" y es en substancia un estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos, destruyendo en muchas ocasiones verdaderas reliquias.

La obra del señor Scarone consta de cinco partes. En la primera presenta en forma sintética un estudio histórico sobre los procedimientos usados de unos siglos a esta parte para combatir esas epidemias que azotan bibliotecas, museos y archivos, causando perjuicios enormes, en la mayoría de las veces irreparables. Hace notar que los hombres de ciencia se han preocupado siempre en buscar los remedios contra tan terrible flagelo, habiéndolo conseguido recién hace unos pocos años, después de pacientes estudios, discusiones en congresos y haberse realizado importantes concursos de obras sobre este particular. En la segunda parte hace una descripción sintomática de todos los insectos que invaden esos templos del saber humano, esos monumentos que el hombre civilizado erige a las ciencias, a las artes y a las letras.

El autor contiene estas interesantes explicaciones en el preámbulo de su estudio:

"El libro, el monumento más grande que ha erigido la humanidad para perpetrar su obra civilizadora a través de los siglos y de las razas; cincel que graba en las generaciones el germen de todas las ideas y de todos los sentimientos; onda magnífica de progreso que fluye a todas las playas; savia redentora que lleva la vida a raudales a todos los ámbitos del Universo; el libro — repito — tiene múltiples enemigos que lo atacan y destruyen.

Son enemigos pequeños, apenas perceptibles, — muchas veces a simple vista, en su primera edad, pero no por eso menos temibles y destructores.

Desde que el libro existe los hombres de ciencia — naturalistas, bibliotecarios y químicos — se han preocupado constantemente en buscar los medios para combatir con éxito a esos enemigos, que, formados en legiones, multiplícanse en forma alarmante y extraordinaria, invaden los anaqueles de las bibliotecas, de los museos, de los archivos y de los propios hogares, atacando y pulverizando cuanto encuentran para saciar su voraz apetito, causando perjuicios de consideración, la mayoría de las veces pérdidas verdaderamente irreparables.

Múltiples son los estudios realizados para lograr el remedio contra ese mal: verdaderas epidemias que se desarrollan en esos monumentos levantados en homenaje a las ciencias, a las artes y a las letras, en esos templos en que las sociedades civilizadas buscan en el estudio, en las lecturas y en las investigaciones, los medios para dignificarse, para engrandecerse cada vez más.

La lucha ha sido casi siempre desigual y estéril para el hombre, pero hoy tras pacientes estudios y experiencias, concursos y congresos, se han logrado los medios para vencer en este combate mil veces plausible, salvando así a los libros, cuadros y manuscritos de la destrucción de los enemigos qué, al menor descuido de sus celosos vigilantes, los invaden, atacan y corroen sin detenerse sino cuando se les ataca en forma resuelta y constante.

No hace aún cuatro lustros, en 1900, a raíz del Congreso de Bibliotecarios realizado en París en Agosto de ese año, se resolvió convocar a los hombres de ciencia para un concurso de obras en las que se describiesen las costumbres y medios de propagación de los insectos que devoran los libros.

Se instituyeron para ese torneo tres premios: uno de mil francos para el mejor trabajo a juicio del Jurado; otro por igual suma — donativo anónimo — para el que le siguiese en méritos, y un tercero de quinientos francos."

Titula la tercera parte — una de las más interesantes de esta obra — la primera en su género que se publica en el país — "La tuberculosis del libro", en la que hace una relación sumamente interesante sobre el paralelo que existe entre el más grande mal que es azote de la humanidad y el que ataca a los libros, a los herbarios y a las colecciones de historia natural de los museos. En un lenguaje fácil, sin falsas ampulosidades, describe las características de la enfermedad de los libros, presentando — a igual de lo que hace un médico al comunicar su descubrimiento a la sociedad científica de que forma parte — los casos que ha observado y tratado, representados por interesantes fotografías.

En la cuarta parte indica los medios de que todos pueden valerse para evitar la invasión del mal, constituyendo esos consejos algo así como la higiene y la profilaxis de la enfermedad. Estudia los elementos que deben entrar en la confección de los muebles para una biblioteca, los cuidados previsores que deben adoptarse en las encuadernaciones de los libros y demás medidas para hacer de cada volumen un individuo capaz de resistir con éxito cualquier ataque de los muchos enemigos que a continuo los asedia.

Termina esta interesante obra con la que podríamos llamar la "terapéutica del mal", parte en la que su autor presenta todos cuantos medios se disponen para combatir la epidemia de los libros, en la seguridad de que siendo aplicados con conciencia pueden salvarse los ricos caudales bibliográficos y las colecciones de los museos de los desastres a que continuamente los exponen los flagelos descriptos anteriormente.

Ha puesto prólogo a este trabajo el señor Juan Antonio Zubillaga, ex Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Un libro como el del señor Scarone, tiene que causar en nuestro ambiente una impresión de sorpresa y de curiosidad.

No estamos acostumbrados a que se nos presenten trabajos de esta índole, que se diría reclaman países donde las bibliotecas públicas y privadas son la expresión de muchos cientos de años de labor y de investigación.

Para tales circunstancias sería de resonancia un estudio como el del señor Scarone. Pero eso no obsta para que tenga este libro verdaderos méritos y nosotros se los reconozcamos primero que nadie.

En nuestra Biblioteca Nacional se hace necesario la aplicación de los preceptos que el joven autor contiene en su libro, puesto que las condiciones del local donde se halla ubicada y las condiciones de las estanterías no son precisamente las más recomendables para evitar el asalto de esos pequeños pero terribles enemigos de los libros.

De modo que el estudio del señor Scarone trae una garantía para la conservación de las colecciones que se guardan en la Biblioteca.

Casos perdidos

Tradiciones Peruanas

AMOR DE MADRE

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personajes de esta tradición.

Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razón, y muy poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I

En Agosto de 1690 hizo su entrada en Lima el Excmo. señor don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Larza, en la orden de Alcántara y vigésimo tercio virrey del Perú por Su Majestad don Carlos II. Además de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre, acompañábanlo desde Méjico, de cuyo gobierno fué trasladado al de los reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos, por su bizarro y marcial aspecto, don Fernando de Vergara, hijodalgo extremeño. capitán de gentilhombres lanzas; y reputación austera de monje benedictino. Pendenciero, jugador y amante de dar guerra a las mujeres, era más que difícil hacerle sentar la cabeza, y el virrey, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima sacarlo de su mano por ver si resultaba ser vedad aquello de "estado muda costumbres". Evangelina Zamora, amén de su juventud y belleza tenía prendas que la hacían el partido más codiciable de la ciudad de los reyes. Su bisabuelo había sido después de Jerónimo de Aliaga, del Alcalde de Ribera, de Martín de Alcántara y de Diego Maldonado el Rico, uno de los conquistadores más favorecidos por Pizarro con repartimiento en el valle del Rimac.

El Emperador le acordó el uso de Don, y algunos años después los valiosos presentes que enviaba a la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo a cuestas, rico y ennoblecido pensó nuestro conquistador que no tenía ya misión sobre este valle de lágrimas, y en 1604 lió el petate, legando al mayorazgo en propiedades rústicas y urbanas, un caudal que se estimó entonces en un quinto de millón.

El abuelo y el padre de Evangelina acrecieron la herencia y la joven se halló huérfana a la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de la Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la más cordial amistad. Evangelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitán gentilhombre que a fuerza de galante no desperdició coyuntura para hacer la corte a la doncella, la que al fin, sin confesar la inclinación amorosa que el hidalgo extremeño había sabido hacer brotar en su pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con don Fernando.

El intermediario era el virrey nada menos, y una joven bien adoctrinada no podía inferir desaire a tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio el capitán Vergara olvidó su antigua vida de disipación. Su esposa y sus hijos constituían toda su felicidad; era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un día fatal hizo el diablo que don Fernado acompañase a su mujer a una fiesta de familia y que en ella hubiera una sala donde no sólo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que alrededor de una mesa con tapete verde se hallaban congregados muchos devotos de los cubilicos.

La pasión del juego estaba sólo adormecida en el alma del capitán y no es extraño que a la vista de los dados se despertase con mayor fuerza. Jugó y con tan aviesa fortuna, que perdió en esa noche veinte mil pesos.

Desde esa hora el esposo modelo cambió por completo su manera de ser y volvió a la febriciente existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada día más rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente a las pérdidas, y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama el desquite.

Entre sus compañeros de vicios había un joven marqués a quien los dados favorecían con tenacidad y don Fernando tomó a capricho luchar contra tan loca fortuna. Muchas noches lo llevaba a cenar a la casa de Evangelina, y terminada la cena los dos amigos se encerraban en una habitación a descamisarse, palabra que en el tecnicismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

Decididamente el jugador y el loco son una misma entidad.

Si algo empequeñece, a mi juicio, la figura histórica del Emperador Augusto es que, según Leutonio, después de cenar jugaba a pares y nones.

En vano Evangelina se esforzaba para apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazón del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recogida en su lecho, cuando la despertó don Fernando pidiéndole el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evangelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra, diciéndole que trataba de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué había pasado en la habitación donde se encontraban los rivales de tapete? Don Fernando perdía una gran suma, y no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos más tarde en el dedo anular del ganancioso marqués.

Don Fernando se estremeció de vergüenza y remordimiento. Despidióse el marqués y Vergara lo acompañaba a la sala; pero al llegar a ésta, volvió la cabeza hacia la mampara que comunicaba al dormitorio de Evangelina, y al través de los cristales vióla sollozando de rodillas ante una imagen de María.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de don Fernando, y rápido como el tigre, se abalanzó sobre el marqués y le dió tres puñaladas en la espalda.

El desventurado huyó hacia el dormitorio, y cayó exánime delante del lecho de Evangelina.

II

El conde de la Monclova, muy joven a la sazón, mandaba una compañía en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró a lo más reñido de la pelea, y fué retirado del campo medio moribundo. Restablecióse al fin, pero con pérdida del brazo derecho, que hubo necesidad de amputarle. El lo sustituyó con otro plateado, y de aquí vino el apodo con que en Méjico y en Lima lo bautizaron.

El virrey "Brazo de Plata", en cuyo escudo de armas se leía esta nota: "Ave María gratia plena", sucedió en el gobierno del Perú al ilustre don Melchor de Navarra y Rocafull. "Con igual prestigio que su antecesor, aunque con menos dotes administrativas" — dice Lorente, — de costumbres puras, religioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo muy floreciente, pero fué por causas extrañas a la política. Las procesiones y

fiestas religiosas de entonces recordaban por su magnicencia y lujo, los tiempos del conde Lemos. Los portales, con sus ochenta y cinco arcos, cuya fábrica se hizo con gasto de veinticinco mil pesos, el Cabildo y la galería de palacio fueron obra de esa época.

En 1694 nació en Lima un monstruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos, unidos por un cartílago. De la cintura a los pies poco tenía de fenomenal, y el enciclopédico limeño don Pedro de Peralta escribió con el título de "Desvíos de la naturaleza", un curioso libro, en que, a la vez que hace una minuciosa descripción anatómica del monstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

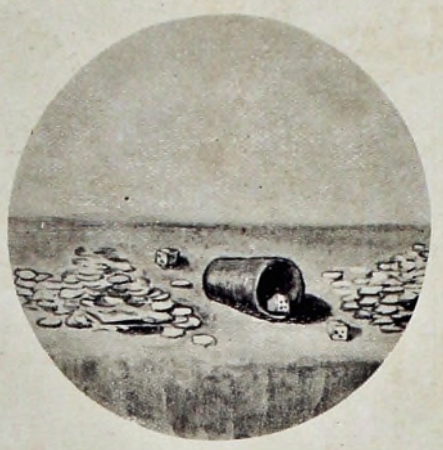
Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V, que lo sucedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octogenario y cansado del mando, el virrey "Brazo de Plata" instaba a la corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo, falleció el conde de la Monclova el 22 de Septiembre de 1702, siendo sepultado en la Catedral y su sucesor, el marqués de Castel--dos-Rius, no llegó a Lima sino en Julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio después de la muerte del virrey; mas una noche concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesía, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa, cuyo monasterio se hallaba en fábrica. En Mayo de 1710 se trasladó doña Josefa Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

III

Cuatro meses después de su prisión, la real Audiencia condenaba a muerte a don Fernando de Vergara. Este desde el primer momento ha-



bía declarado que mató al marqués con alevosía, en un arranque de desesperación de jugador arruinado. Ante tan franca confesión no quedaba al tribunal más que aplicar la pena.

Evangelina puso en juego todo resorte para libertar a su marido de una muerte infamante; y en tal desconsuelo, llegó el día designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evangelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo. Vestida de duelo se presentó en el salón de palacio en momentos de hallarse el virrey, conde de la Monclova, en acuerdo con los oidores y expuso: que don Fernando había asesinado al marqués, amparado por la ley: que ella era adúltera, y que, sorprendida por el esposo, huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido. La frecuencia de las visitas del marqués a la casa de Evangelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado el muerto al pie del lecho de la señora y otros pequeños detalles eran motivos bastantes para que el virrey, dando crédito a la revelación, mandase suspender la sentencia.

El juez de la causa se constituyó en la cárcel para que don Fernando ratificara la declaración de su esposa. Mas apenas terminó el escribano la lectura, cuando Vergara, presa de mil encontrados sentimientos, lanzó una espantosa carcajada.

¡El infeliz se había vuelto loco!

Pocos años después, la muerte cernía sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa y un austero sacerdote prodigaba a la moribunda los consuelos de la religión.

Los cuatro hijos de Evangelina esperaban arrodillados la postrera bendición maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto: "El mundo olvidará — les dijo— el nombre de la mujer que os dió la vida; pero habría sido implacable con vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalso. Dios que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un día los hijos del ajusticiado."

LA FIESTA DE SAN SIMÓN GARABATILLO

Faustino Guerra habíase encontrado en la batalla de Ayacucho en condición de soldado raso. Afianzada la independencia, obtuvo licencia final y retiróse a la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente hombre de letras; mas para el desempeño de su cargo y tener contentos a los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes y enseñar de coro a los muchachos la doctrina cristiana. La escuela estaba situada en la calle Ancha, en una casa que entonces era propiedad del Estado y que hoy pertenece a la familia Montesinos. Contra la costumbre general de los dómines de aquellos tiempos, don Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de San Simón Garabatillo. Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo, y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un par de azoticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de Octubre de 1826, día de San Simón y Judas por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entonces en todo su apogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya a eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Sólo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fué ese para los lampeños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, a la escuela.

Era ya más de mediodía cuando don Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando a dos robustos indios que para su servicio tenía, les mandó que cargasen a

los niños. Desde el primero hasta el último, todos sufrieron una docena de latigazos, a calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritería fué como para ensordecer y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos a casa de sus padres, les dijo don Faustino:

—¡Cuenta, pícaros godos, con que vayan a contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yo que ha ido con el chisme lo tundo vivo.

"¿Si se habrá vuelto loco su merced?", se preguntaban los muchachos; pero no contaron a sus familias lo sucedido, si bien el escozor de los ramalazos los traía aliquebrados.

¿Qué mala mosca había picado al magister, que de suyo era manso de genio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin recelar que se repitiese la función. Por fin don Faustino hizo señal de que iba a hablar.

—Hijos míos — les dijo, — estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquilícense, que estas cosas sólo las hago una vez al año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

—No, señor maestro — contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fué el santo del libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejasen ustedes, ya que los lampeños han sido tan desagradecidos con el que los hizo gentes, he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora a estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aún existen de aquel centenar de muchachos, se reunen en Lampa el 28 de Octubre y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por don Faustino Guerra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

Ricardo Palma.

JOYAS DE OTROS DIAS

Peineta hecha en una sola pieza de coral, que usó D.ª Eusebia de Zabala.

Pendientes de diamantes y plata antigua que pertenecieron a Doña Juana Caravaca de Rincón

LLEVADOS de nuestro afán de exhibir las innúmeras preciosidades que se guardan celosamente en la cariñosa intimidad de los hogares, damos hoy a nuestros lectores la reproducción de tres admirables ejemplares del exquisito gusto de nuestros antepasados.

Se trata de dos joyas y de una soberbia mantilla de encaje de Inglaterra, ante cuya fotografía no cabe más que extasiarse e imaginarse la realeza de un talle de mujer cubierta por tan hermoso encaje.

La peineta es una joya de alto precio. La constituye una pieza sola de coral trabajada con una suprema maestría y con verdadero espíritu artístico. La usó doña Eusebia Zabala, perteneció a la magnífica colección de antigüedades que poseyó don Adolfo Piñeyro y hoy se halla en poder de la señora Matilde Rincón de Piñeyro.

Los pendientes de diamantes, de gran tamaño y de soberbio engarce de plata, son una hermosa demostración del arte de la joyería en el pasado. Los usó la señora doña Juana Caravaca de Rincón y figuran hoy en la colección de la señora Rincón de Piñeyro.

La mantilla es de reina. En la época de las elegancias sencillas, carentes de los refinamientos muchas veces antiestéticos de hoy, fué manto hermosísimo que llevaron sobre su cabeza y sobre sus hombros las damas pertenecientes a la familia patricia de los Pérez-Salvañach.

Es una verdadera filigrana de seda, de alto valor, de una delicadeza tal que diríase tegida por manos de hadas.

Hoy se halla en poder de la distinguida señora doña Josefa Pérez de Salvañach.

Mantilla de encaje de Inglaterra, de gran tamaño, perteneciente a la familia Pérez de Salvañach.

María Luisa Garzón Barreira

Orfilia Riet Correa

PARA LOS NIÑOS

Aureliano Rodríguez Larreta

Hugo Estrázulas Rodríguez Larreta

EL BAILE

Se admite que el baile es una institución social cuya antigüedad se remonto a las primeras edades, aun cuando su origen escape a la investigación más paciente. El hombre, — cuando se alegró la primera vez, según la expresión de un escritor festivo — saltó y brincó sin tiempo ni medida. No hay mayor inconveniente en admitir este aserto, porque habréis observado mis queridas lectoras, que cuando recibimos una impresión, que nos es grata, nuestros músculos se ponen en movimiento y saltamos, palmoteamos y gesticulamos desordenadamente, poniendo así de relieve el contento que sentimos. Es más: hasta el niño de pecho, cuando es elevado por las manos de su madre que le toma por la cintura, demuestra su alegria en el movimiento desordenado de sus tiernas piernecitas. Lo que sucede en el hombre y en el niño, se produce en la colectividad de igual manera, y esto que no podia pasar desapercibido al espíritu de observación de sesudos pensadores, sugirió en ellos la idea de organizar la danza acompasada. Conjuntamente con la idea del baile debió llegar la de la música para organizar los gritos, que la música es — según la definición de Plutarco — una danza parlante, y el baile una música muda.

Mas sean cuales fueren los orígenes del baile y sea cual sea la historia de sus primeros rudimentos, el hecho positivo es que no tenemos el menor indicio de sociedades salvajes o civilizadas que no hayan sido bailadoras. Los egipcios han bailado siempre delante del buey Apis; Moisés bailó después del paso del mar Rojo; las jóvenes de Silos bailaron en la fiesta de los Tabernáculos; los hebreos bailaban alrededor del Becerro de Oro; David bailó en torno del Arca Santa; en la Iglesia Cristiana han bailado desde los Obispos de los primeros siglos hasta los seis de la Catedral de Sevilla; los miembros del Areópago griego se acercaban bailando a emitir su voto después de las deliberaciones; los padres del Ciricilio di Trento cerraron sus sesiones con un baile como digno final de aquella santa y memorable asamblea. El baile, pues, expresión natural primero de humanas alegrías y expresión artística después de humanas armonías ha sido en sus orígenes una cosa seria y sagrada y además un arte.

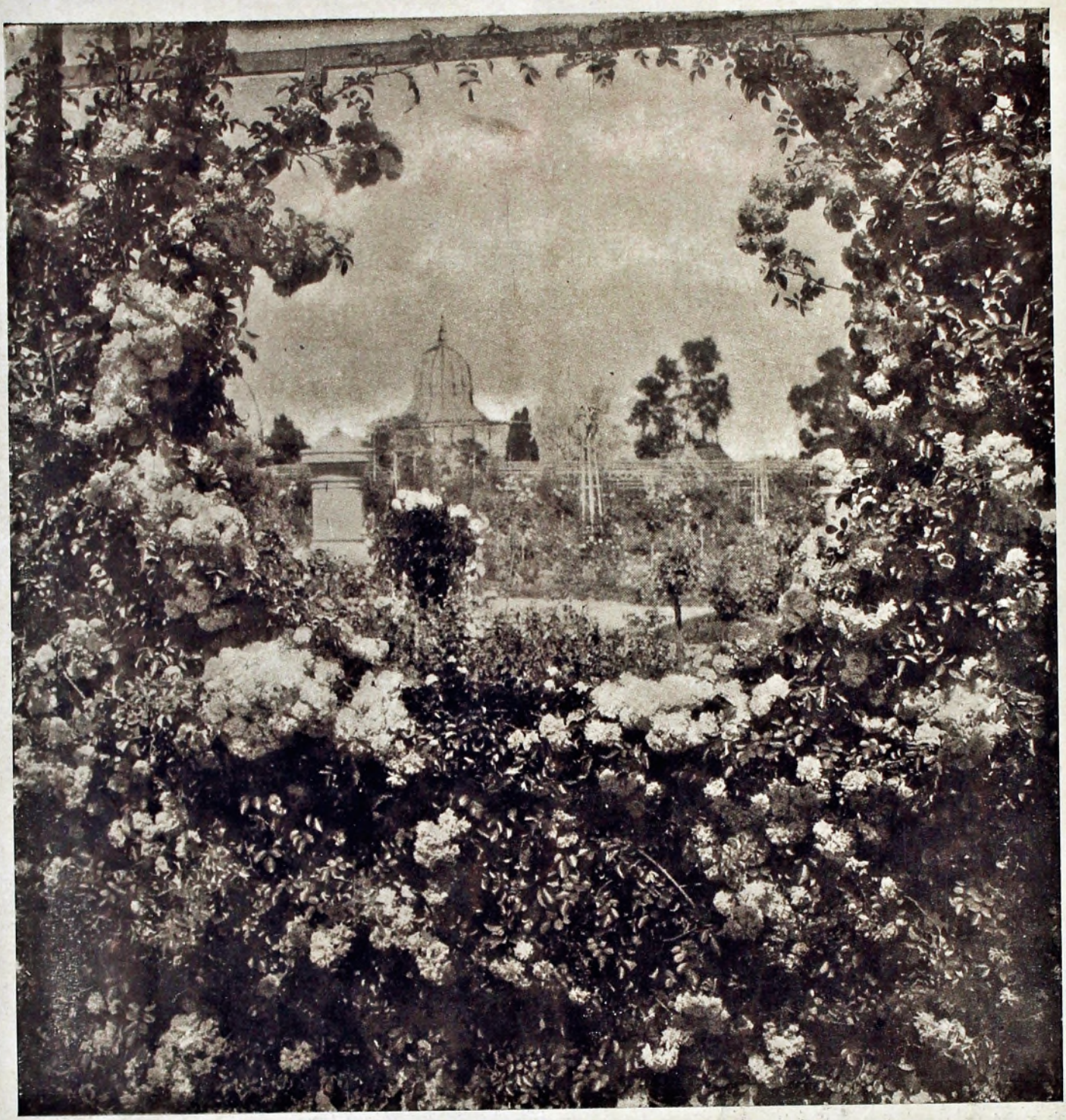
En nuestra época todo se baila; la guerra y la paz; la caída y la elevación de los Imperios; los aniversarios públicos; las dichas particulares; el nacimiento, el matrimonio, la fecundidad; las alianzas; las victorias populares; las constituciones políticas; la erección de una iglesia; el establecimiento de un asilo; las dotes de las doncellas honradas; los premios a la virtud. Y puede decirse que todas las manifestaciones del festín público como las luchas de fieras, las lides de guerreros, cañas y lauras se han refundido en el baile.

Es cierto que no siempre se mantuvo el baile en el círculo del arte, ni de lo honesto, ni mucho menos de lo santo. La moral del baile sufrió tremendas intermitencias y terribles desviaciones. Mesalina dió un baile de máscaras en que los asistentes no tenían tapada más que la cara; pero Claudio mandó degollar a cuantos concurrieron a la fiesta. Estalla en Francia el cataclismo social del 93 y la revolución de la filosofía y de la política influye inmediatamente en las artes y en la vida privada. Se desnuda la diosa Razón y convida a un baile igual en todo al célebre de Mesalina. Después de la decadencia del bajo imperio y antes de que el cataclismo social se produjese ya se habia confundido en el baile lo sagrado con lo profano, lo culto con lo grosero y así llega al último tercio del siglo XVIII en que el baile se convierte en alto y bajo: el artístico o de salón y el característico o de aldea. Entonces nace la caballeresca pavana que es española; el delirante wals que es alemán; la grave contradanza que es inglesa, y el aturdido cotillón que es francés. Báilase en este renacimiento con mesura y decoro, y el baile vuelve a ser arte. La malicia estaba ausente y si bien puede decirse que siempre existió motivo de atrevimiento, nadie puede asegurar que hubo motivo de desvergüenza.

Hay un hermoso pueblo en España — el Vascongado — que conserva en su tradicional Zorcico, su tradicional moralidad. En el zorcizo no baila la mujer, que es bailada. Los mancebos la colocan a la vista del público en el centro de acción de sus flexiones coreográficas. Allí de pie la hermosa, en actitud de estatua viva, bajos los ojos por la modestia y conturbado el ánimo por el honor de que es objeto, se deja bailar como la diosa primitiva, adornada de cintas y de flores, aplaudida por la multitud, victoreada e incensada por el alegre requiebro de los bailadores. En el zorcico como en la casi totalidad de los bailes de la edad media se reserva siempre al hombre la parte de iniciativa y de respeto; dejando para la mujer la parte de adoración y de condescendencia. El wals de los alemanes, encantador torbellino de la danza más carnal si se quiere y de mayores enlaces entre el cuerpo del hombre y el de la mujer que en otros bailes obscenos, es con todo un ideal de la fusión de los sexos en la alegria. El fandango de Andalucia, la jota de Aragón, la manchega de Castilla son el baile del hombre hacia la mujer, Si el mancebo se acerca demasiado, huye la moza como asustada; si él insiste y pretende arrinconarla, ella da media vuelta y aparece a la espalda del hombre; si él la mira con procacidad, ella baja los ojos con pudor; si él la requiebra y grita y la arroja el sombrero, ella enmudece, se ruboriza y le baila al sombrero, pero no al hombre.

Los pueblos primitivos creían, mirando al cielo, que las estrellas bailaban alrededor del sol, y de ahí que sus primitivas damas fuesen sagradas bailando alrededor de los ídolos para imitar los bailes del firmamento. Cuando la mujer ascendió al rango que le correspondía ocupar en sociedad, fué considerada como sol y los hombres la bailaron, como bailaron al ídolo y como las estrellas bailaron al sol. La mujer no tomó parte activa en el baile hasta que éste se hizo popular y de regocijo. Entonces fué cuando la mujer bajando de su pedestal de diosa, dejó de ser bailada como se bailaba a la divinidad.

El baile llegó a su apogeo en el siglo de Augusto: era noble y seductor en las tablas y noble y seductor en los palacios. Con la decadencia y ruina del Imperio de Roma, decae la danza como arte y viene a ser en los siglos medios una expresión religiosa a veces y otras profana: noble y villana a un tiempo, púdica y grosera, ordenada y repugnante; en los templos ayudaba a la oración y en las calles producía escándalo. Tiberio arrojó de Roma a los bailarines por indecentes, y Cicerón decía que los que bailaban de cierta manera estaban locos. Hoy no tenemos Claudios ni Tiberios que degüellen y proscriban a los bailarines indecorosos. La cultura debe acabar con ellos, para quedarnos únicamente con la verdadera danza que por sí sola constituye un arte noble, generador de humanas alegrías.



BELLEZAS DE MONTEVIDEO

UN RINCÓN DEL "ROSARIUM"

Fotografía artística
del señor
ENRIQUE STROBACH

PARÍS BÉBÉS

DE A. MIRA HERMANOS

Gran casa especial en confecciones para niños, niñas y bébés

Mensualmente recibe las últimas novedades

Todas las madres deben visitar esta casa, pues es la **única** que en Montevideo puede ofrecer la más grande variedad de artículos para criaturas, significándolos por su lujo, por su elegancia y por la modicidad de sus precios. :: :: :: ::

MONTEVIDEO

Casa en París:
Rue Dunkerque, 48

Juan Carlos Gómez, 1315 al 1321

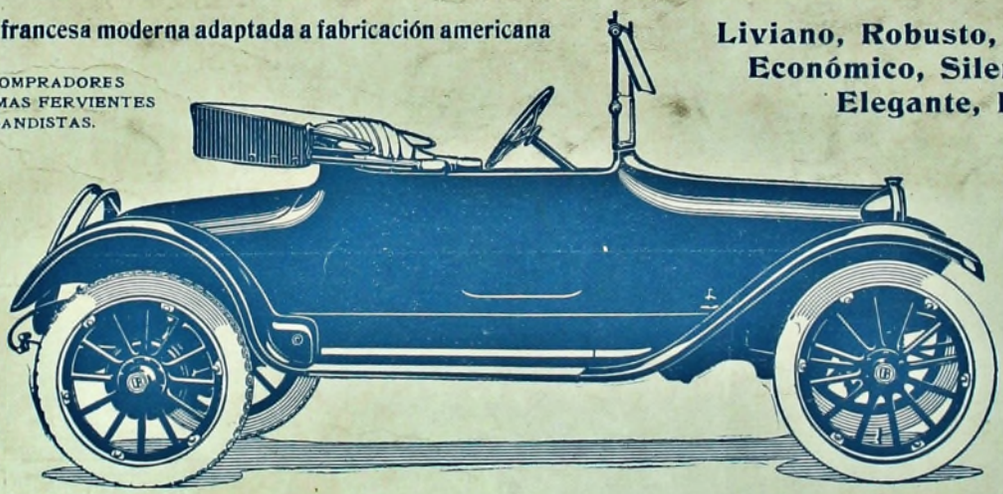
Automóviles Dodge Brothers

El gran automóvil universal — Al alcance de todos

Construcción francesa moderna adaptada a fabricación americana

SUS PROPIOS COMPRADORES
SON SUS MAS FERVIENTES
PROPAGANDISTAS.

**Liviano, Robusto,
Económico, Silencioso,
Elegante, Práctico**



☞ Su acción instantánea; la facilidad con que se pone en marcha; la abundancia de fuerza; y la agradable sensación de correr con suavidad; la firmeza en alta velocidad; la eliminación del cambio de engranajes; son todas propiedades que ninguna descripción por completa que sea puede revelar.

☞ El consumo de nafta es excepcionalmente bajo.

☞ El recorrido de kilómetros de los neumáticos es excepcionalmente grande.

Unicos Agentes:

Danrée & Co.

25 de Mayo, 576 - Montevideo

NUEVA SIRENA

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1858

CARLOS PFEIFF & Cía.

Casa de Compras en
PARIS
Cité de Hauteville 378

Casa de Compras en
PARIS
Cité de Hauteville 378

En la sección de confecciones y ropa interior para hombres, se hallan los últimos modelos, lo más chic y de primera calidad.

Ajuares para novias

Hay que visitar esta casa en la seguridad de que se hallará lo que se desea.

La sección de ropa blanca para señoras tiene desde lo más modesto a lo más rico.

SOMBREROS
de señoras y señoritas
DERNIER CRI

Confecciones soberbias y artículos de estación última novedad.

Gran surtido de Tapados de Pieles

Calles: Sarandí, Bartolomé Mitre 1326 y Bacacay 1325
MONTEVIDEO

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos — Montevideo